



FLORENCIA BAEZ DAMIANO

EL PODER DE DECIR: BATALLAS POR EL SENTIDO

Columnas lingüísticas sobre glotopolítica

GLOTO
MINDO

**El poder de decir:
batallas por el sentido**

Columnas lingüísticas
sobre glotopolítica

El poder de decir: batallas por el sentido

Columnas lingüísticas
sobre glotopolítica

FLORENCIA BAEZ DAMIANO



Baez Damiano, Florencia

El poder de decir: batallas por el sentido: columnas lingüísticas sobre
glotopolítica / Florencia Baez Damiano. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de
Buenos Aires: Florencia Baez Damiano, 2025.

130 p.; 21 x 15 cm.

ISBN 978-631-00-9888-3

1. Lingüística. 2. Derechos Lingüísticos. 3. Identidad Lingüística. I. Título.
CDD A864

Primera edición, 2025

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11723

© 2025

Impreso en Argentina

Índice

Introducción	11
Las lenguas en la calle: identidad y disputas	17
¿Español o castellano?	23
Lengua o dialecto: una cuestión de poder	27
Lenguas indígenas y dominación lingüística	31
El lenguaje no es una herramienta	35
¿El lenguaje es particular o social?	39
¿Se puede ser neutral al usar el lenguaje?	45
¿Valorar lo “perfecto”?	49
El pensamiento y el lenguaje no pueden separarse	53

Ni error ni capricho: cuando el pueblo pone la letra	59
Inteligencia Artificial: ¿Impone normas lingüísticas y nos hace sumisos?	65
¿Podemos ser hablados por el lenguaje?	71
¿Dónde se encuentra el significado verdadero?	75
¿Dime cómo hablas y te diré quién eres?	81
¿Cómo se aprenden las palabras?	85
La trampa de la adecuación:	
¿Quién debe ajustarse a quién?	91
¿Cuál es la lengua oficial de Argentina?	97
¿Qué relatos estamos aceptando como verdades?	101
De usos ¿incorrectos? ¿Quién dice qué es correcto?	107
Buscalo en el diccionario, pero... ..	113
Las batallas del vos	119
De emociones e identidades	125

Introducción

Desde tiempos remotos, las personas se hicieron preguntas sobre el lenguaje, qué es, cómo se usa, quién lo usa bien y quién no. Estas inquietudes no son nuevas ni exclusivas del ámbito académico. Por el contrario, circulan en la vida cotidiana, en dichos populares, en correcciones espontáneas entre hablantes y en formas naturalizadas de pensar la lengua como si hubiera una única manera correcta de hablar. Basta con prestar atención a frases como “se dice así” o “eso está mal dicho” para advertir que las ideas sobre el buen hablar forman parte de nuestra experiencia diaria con el lenguaje.

Esa preocupación por regular los usos lingüísticos adquirió, en la historia occidental, una forma institucional con la fundación de academias que buscaron fijar y normar la lengua. En el mundo hispanohablante, este proceso se consolidó en 1713 con la creación de la Real Academia Española (RAE), cuyo objetivo inicial fue, según sus propias palabras, “fijar las voces y vocablos de la lengua castellana en su mayor propiedad, elegancia y pureza”. Desde entonces, las academias y sus representantes intentaron imponer una visión única y centralizada del lenguaje, promoviendo un ideal de uniformidad que desconoce la diversidad de hablas reales. Así, se consolidó la idea de que hablar bien estaba vinculado con una única forma posible y siempre en relación con la norma y según lo que dicta la gramática, y que esa gramática no es una entre muchas, sino la única legítima.

Este tipo de intervenciones no son neutras. Toda decisión sobre la lengua, qué se enseña, qué se corrige, qué se considera vulgar o prestigioso, está atravesada por relaciones de poder. La lengua, entonces, no es sólo un medio para comunicarse, sino un terreno en disputa, dado que se decide sobre ella, se legisla, se impone, se prohíbe, se promueve, se silencia. En otras palabras, la lengua no está por fuera del mundo social y político, sino que forma parte de él, lo configura y es configurada por él. Esa es una de las premisas fundamentales de la Glotopolítica (glotta, procede del griego γλῶττα, lengua, y política puede ser definida

como la actuación en la sociedad y sobre ella), una perspectiva que nos invita a observar las intervenciones sobre el lenguaje como prácticas sociales e históricas cargadas de ideología.

Esta mirada glotopolítica permite analizar distintos discursos, como por ejemplo el político, en el cual se usa la lengua para comunicar decisiones de gobierno, pero también para moldear y gobernar a través de ella. No se trata solo de hablar sobre una realidad, como si existiera por fuera de la lengua, sino de producirla mediante los usos de las palabras. Las formas en que se nombra a un grupo social, se define una crisis o se enuncia una política pública no son detalles menores, orientan acciones, configuran percepciones y legitiman jerarquías. El lenguaje político construye sentido, organiza afectos y delimita lo pensable. Por eso, estudiar cómo se habla desde el poder es clave para comprender cómo se ejerce.

Durante mucho tiempo, sin embargo, los estudios sobre el lenguaje circularon casi exclusivamente en ámbitos especializados. No obstante, en las últimas décadas creció el interés por difundir esos saberes en diálogo con otros sectores de la sociedad. La divulgación científica, la popularización de la ciencia o ciencia popular, no implica simplificar de manera banal, sino hacer circular, mostrar y poner en discusión los avances, las preguntas y las tensiones que se producen en el campo científico. Creo profundamente en la responsabilidad que tenemos quienes investigamos de

acercar nuestras producciones, compartir hallazgos, aportar a la comprensión crítica del mundo que habitamos. Al mismo tiempo, es interesante observar y enriquecerse con debates que se están dando por fuera del ámbito de los lingüistas y que claramente pueden aportar nuevas dimensiones a los estudios que se vienen llevando a cabo desde espacios más formales e institucionalizados.

El poder de decir: batallas por el sentido nace de esta convicción. Así, se reúnen una serie de trabajos que enmarco dentro del género denominado “columnas lingüísticas” y que se proponen reflexionar en torno al lenguaje y sus vínculos con el poder, desde una perspectiva glotopolítica. La lengua y su uso, en tanto práctica y objeto de lucha, imposiciones y resistencias, atraviesan nuestras vidas constantemente. En la actualidad, estamos expuestos a una circulación intensa de discursos, mucho más amplia que en otras épocas. No sólo hablamos y escuchamos, sino que también leemos permanentemente, escribimos, compartimos, reenviamos, corregimos, opinamos, respondemos. Los discursos nos rodean y nos constituyen, aparecen en múltiples formatos (digitales, orales, escritos), desde un mensaje de WhatsApp hasta una conferencia académica, desde una campaña electoral hasta una factura de supermercado.

Hoy, además, la irrupción de la inteligencia artificial en nuestras vidas vuelve aún más urgente la reflexión sobre el lenguaje. Muchas de las herramientas que se encuentran disponibles actualmente -asistentes virtuales, correctores

automáticos, traductores en línea, plataformas de escritura- están mediadas por sistemas entrenados con ciertos modelos lingüísticos. Pero, ¿quién define cuál es esa lengua “correcta” que se impone en las máquinas? ¿Qué variedades quedan fuera de esos entrenamientos? Lejos de ser neutras a nivel lingüístico, estas tecnologías operan con una lógica de simplificación, orden y control. Ofrecen respuestas claras, rápidas, sin matices, y las presentan como verdades evidentes y naturales. En ese gesto, nos entrenan en la aceptación pasiva. Frente a una pregunta, la IA responde y muchas veces no dudamos, no cuestionamos, no reparamos en la complejidad que implica una pregunta. Así, la lengua vuelve a aparecer como un sistema unívoco, estandarizado, que privilegia una forma de decir, y se refuerza la idea de que el buen uso es el que encaja en el modelo preestablecido.

En este contexto, surgen preguntas centrales: ¿qué es el lenguaje? ¿qué es la lengua? ¿todo lo que aparece en un discurso representa la realidad? ¿quién define qué es correcto o legítimo? ¿por qué ciertas formas de hablar se asocian con la ignorancia, mientras que otras se consideran cultas o prestigiosas?

Este libro se propone abordar esas preguntas, no con respuestas cerradas, sino con el propósito de pensar críticamente. Desde la Glotopolítica, entendemos que la lengua no es un objeto dado, sino una construcción social atravesada por ideologías, instituciones, normas y resistencias. A

través de las distintas columnas, se invita a reflexionar sobre los modos en que hablamos, escuchamos, escribimos y comprendemos el mundo y sobre cómo esas prácticas están profundamente ligadas a estructuras de poder, exclusión y transformación.

Las lenguas en la calle: identidad y disputas

Imaginemos a un turista recién llegado a Buenos Aires. Recorre la ciudad con curiosidad y, sin saber español, intenta descifrar lo que ve a su alrededor. En una esquina, un cartel dice bakery. Un poco más adelante, encuentra otro que anuncia una ferretería. A su lado, una pareja menciona que necesita una notebook nueva, y entonces descubre que algunas palabras de otras lenguas se cuelan con naturalidad en el habla cotidiana y, al mismo tiempo, refuerzan jerarquías. Sin darse cuenta, este viajero está leyendo el paisaje lingüístico de la ciudad, un mosaico de idiomas que revela mucho más que nombres de negocios y carteles callejeros.

Las calles no solo están hechas de edificios y plazas, también están construidas con el uso de palabras. En Buenos Aires, como en muchas otras ciudades del mundo, el español convive con una gran cantidad de lenguas. Palabras en inglés vinculadas con la tecnología como láser o software se incorporaron al uso cotidiano o en francés Déjà vu o pain pueden verse en los carteles de los comercios. A pesar de la distancia entre China y Argentina, también podemos observar idiomas como el chino, en barrios creados con fines turísticos o comerciales, por ejemplo, el Barrio Chino en Buenos Aires. Pero no todas las lenguas tienen la misma visibilidad ni el mismo estatus y tampoco se suele privilegiar la compleja heterogeneidad de una lengua en el espacio público.

Entre 6500 y 7000 lenguas se distribuyen en los 194 estados soberanos reconocidos por la ONU, lo que demuestra que la relación entre lengua, nación y Estado no es tan simple como solemos pensar. Las lenguas no están confinadas a los límites geográficos de los países. Viajan con las personas, se mezclan y se modifican en los nuevos contextos. Sin embargo, en la ciudad, no todas tienen el mismo peso.

La presencia o ausencia de ciertas lenguas en el paisaje urbano responde a decisiones políticas, económicas y sociales. Los estados regulan el espacio público a través de la señalética oficial, estableciendo qué puede y qué no puede escribirse en él. Pero la presencia de otras lenguas no depende solo de estas normas porque comerciantes, in-

migrantes y distintos grupos sociales también intervienen con sus propios carteles, pintadas y afiches.

En Buenos Aires, los barrios de inmigrantes ofrecen un buen ejemplo de esta dinámica. En algunas calles se pueden ver letreros en chino, en coreano o en árabe, marcando la presencia de esas comunidades. Estos usos no solo cumplen una función comunicativa, sino que también afirman identidades y generan pertenencia. Sin embargo, no siempre son aceptados con naturalidad. En ciertos casos, la aparición de lenguas diferentes puede generar tensiones o intentos de regulación.

Las disputas por el espacio público son, en el fondo, batallas por el reconocimiento. Una lengua que se lee en la calle no solo informa, sino que hace visible a quienes la hablan. El paisaje lingüístico es una cartografía en permanente transformación, donde las lenguas conviven, luchan y dialogan en cada esquina de la ciudad.

Observar el paisaje lingüístico nos permite entender no solo qué lenguas se hablan, sino también qué relaciones de poder las atraviesan. La ciudad es un texto en constante escritura, y sus palabras revelan tanto las tensiones como las posibilidades del mundo multilingüe en el que vivimos.

Hace unos años, pasé un tiempo en un pequeño pueblo del noroeste de la provincia de Buenos Aires. De apenas 265 habitantes, calles de tierra, una plaza con bancos gas-

tados por el sol y el ritmo pausado de la vida rural. Pero lo que hacía especial a este pueblo era su composición social. La mitad de la población era de origen árabe y profesaba el islam.

La historia de esta comunidad se remonta a principios del siglo XX. En 1910 llegaron los primeros inmigrantes italianos y españoles, seguidos poco después por sirios y libaneses. Con los años, la balanza demográfica comenzó a inclinarse. Los descendientes de los primeros árabes mantuvieron su identidad, y nuevas familias llegaron para reforzar el lazo con la cultura de origen. Hoy, la lengua, la religión y las costumbres siguen vivas en el pueblo, transmitidas de generación en generación.

Caminar por sus calles es descubrir un paisaje lingüístico singular. Los carteles de los negocios están escritos en español y en árabe, y en algunos casos, solo en árabe. Al recorrer sus calles se observan las inscripciones en las dos lenguas. Un restaurante ofrece la comida y los dulces típicos de Medio Oriente, mientras que, en la fachada de la mezquita, una inscripción en árabe recuerda los principios de la fe. Este multilingüismo no es un simple detalle decorativo. Es una afirmación de identidad en el espacio público.

Sin embargo, la convivencia entre la comunidad árabe y los vecinos cristianos no es del todo pacífica. A pesar del tamaño reducido del pueblo, las disputas son constantes. La visibilidad del árabe en los carteles genera tensiones en-

tre quienes consideran que el español debería ser la única lengua en el espacio público. Algunos habitantes respondieron colocando banderas argentinas en sus casas y en la plaza central, como si quisieran reafirmar que el pueblo, pese a su diversidad, es parte de la nación argentina. Otros, en cambio, defienden la presencia del árabe como una expresión legítima de la historia del lugar.

Incluso, hubo episodios en los que carteles escritos en árabe fueron vandalizados o directamente removidos. En otras ocasiones, los miembros de la comunidad árabe recibieron críticas por hablar su lengua en voz alta sin que los demás pudieran comprender. El espacio público se convierte así en un escenario de disputa, donde no solo se decide qué se escribe en los carteles, sino también qué lenguas pueden ser visibles y cuáles deben quedar confinadas a lo privado.

Esta experiencia demuestra que el multilingüismo no es un fenómeno excepcional de las grandes ciudades. En realidad, sucede en todas partes, incluso en los pueblos más pequeños, donde las lenguas se convierten en marcadores de identidad y, a la vez, en terreno de conflicto. Observar el paisaje lingüístico no es solo una cuestión de curiosidad. Es una manera de entender cómo las sociedades negocian la diversidad, cómo se establecen jerarquías entre las lenguas y qué relatos se construyen sobre pertenencia e identidad.

¿Español o castellano?

¿Qué lengua hablamos? ¿Español o castellano? ¿Existe un deber ser respecto de cómo nombrar a la lengua? Responder a estas preguntas no es sencillo. Las lenguas no son neutrales; son inseparables de su contexto político y de las luchas de poder. En este sentido, ideología, lenguaje e historia están profundamente conectadas.

En nuestra lengua, tenemos distintas formas de referirnos al idioma que hablamos. Lengua española, español, lengua castellana, castellano. Incluso en Argentina, la escuela no quedó exenta de este debate. A lo largo de la historia, es posible observar cómo la asignatura y las formas de referirnos a ella fueron cambiando: Castellano, lengua española, lengua nacional, lengua y literatura, lengua, prácticas del lenguaje.

¿Por qué elegimos una u otra forma? Claramente, la elección no es azarosa. Cada término refleja un posicionamiento relacionado con las luchas y debates que se dieron durante muchos años en torno a la lengua. Cada uno de estos términos responde a intereses políticos, económicos, sociales y culturales. Estas decisiones no son solo lingüísticas, sino que están asociadas con ideas que tenemos sobre las lenguas o el lenguaje. En lingüística, llamamos a estas ideas ideologías lingüísticas, que implican evaluaciones sociales acerca de objetos lingüísticos y que son compartidas por los miembros de diferentes grupos y comunidades.

Para poder entender mejor por qué decimos “español” o “castellano”, es necesario conocer un poco más sobre la historia de nuestra lengua. La lengua, hoy conocida como español a nivel internacional, tiene su origen en el latín hablado en la península ibérica durante la dominación romana (siglos III a. C. - V d. C.), pero también en las huellas de las lenguas prerromanas que circulaban antes de la romanización, muchas de las cuales fueron desplazadas por esa imposición. El latín no fue simplemente adoptado, sino que se impuso como lengua de prestigio y de poder en un proceso de romanización que transformó profundamente el mapa lingüístico de la región. Con el tiempo, este latín se diversificó de manera diferente en varias regiones del imperio romano, dando lugar a las lenguas romances, como el español, el portugués o el francés. Al principio, a las di-

ferentes variantes se las nombraba según su procedencia: romance leonés, romance castellano, entre otras.

Con el fortalecimiento del condado de Castilla durante la Reconquista (siglos IX-XV), su dialecto adquirió prestigio y se consolidó como lengua principal en los territorios unificados bajo el Reino de Castilla. De ahí nació el término castellano, que reflejaba el origen geográfico de esta forma de hablar. Sin embargo, con el Renacimiento y la consolidación de España como nación, surgió la necesidad de un nombre que representara la lengua en todo el territorio. Esta nueva nación, nombrada España (nombre derivado de Hispania, la antigua provincia romana) decidió que en adelante se llamara a la lengua español. Así, español comenzó a imponerse como denominación internacional, mientras que castellano quedó vinculado a su origen histórico.

A lo largo de los siglos, ambos términos coexistieron, no sin tensiones. En América Latina, castellano fue predominante debido a la tradición colonial y al rechazo del término español, asociado a la metrópoli. Incluso autores como Andrés Bello prefirieron el término castellano en sus obras, como su célebre Gramática de la lengua castellana. En cambio, español ganó terreno en contextos internacionales y oficiales, siendo el término privilegiado por la Real Academia Española desde el siglo XX para lograr el control y la unidad del idioma. De ahí que exista una tendencia a usar la denominación “español” en ciertos círculos vinculados a formas lingüísticas prestigiosas. Anteriormente, la RAE había pre-

ferido usar lengua castellana, en un momento en el cual el nombre castellano había cobrado un tono erudito, dado que se consideraba que se estaba nombrando a la lengua en relación con su origen.

En la actualidad, las preferencias varían según la región. Según algunos estudios, en América hay una alternancia de los términos, pero hay una tendencia a sostener que mientras en Sudamérica se utiliza mayoritariamente castellano, en Centroamérica y el Caribe se prefiere español. En España, aunque castellano sigue siendo la denominación oficial, español predomina en el uso urbano y en el ámbito internacional. Esta dualidad refleja tanto las luchas históricas de la lengua como los diversos significados políticos y culturales que ambos términos adquirieron con el tiempo.

Como es posible observar, la historia de nuestra lengua está atravesada por el conflicto y la confrontación de modelos sociales en disputa. Es importante advertir que la historia de la lengua no es una evolución lineal, desde el latín hasta la actualidad, como si fuera un proceso neutral y transparente. En esa historia hay tensiones políticas e ideológicas en torno al lenguaje. La lengua no evoluciona por sí misma, está impregnada por mecanismos de poder e ideologías.

Al final, hay algo que no se puede negar. Aunque no lo queramos, al decir qué lengua hablamos estamos adoptando una posición, y se vuelve imposible quedar fuera del debate histórico y político.

Lengua o dialecto: una cuestión de poder

Todo el mundo habla un dialecto. Incluso quienes creen hacerlo “sin acento” o suponen que el dialecto es “esa forma de hablar en las provincias”. En realidad, todo uso es un dialecto. Sin embargo, no todos los dialectos reciben el mismo trato.

A lo largo de la historia, muchas formas de hablar fueron desvalorizadas con la etiqueta de dialecto, como si fueran versiones incompletas o menores de una lengua legítima. Se cree, por ejemplo, que el español es una lengua y que el andaluz, el rioplatense o el caribeño son simples variedades. Sin embargo, el español no es más que un dialecto del

latín que, con el tiempo, ganó prestigio y se convirtió en lengua estándar. Algo similar ocurre con el español. Cada uso geográfico es un dialecto, pero no todos son considerados como igualmente válidos.

Durante siglos, muchas lenguas fueron llamadas dialectos para justificar su marginación. La idea implícita era que solo algunas eran “lenguas completas”, mientras que otras se consideraban inferiores, sin prestigio ni validez. Desde la lingüística sabemos que toda lengua es un sistema y una construcción social atravesada por relaciones de poder, sin importar cuántos hablantes tenga o si cuenta con reconocimiento oficial o con gramáticas y diccionarios.

La diversidad lingüística no se rige por fronteras nacionales. En Argentina, por ejemplo, se hablan distintas variedades, pero no todas gozan del mismo prestigio. De ahí que muchas personas creen que “hablan mal” o que deberían “hablar mejor” para ajustarse a un ideal impuesto. La lingüista Berta Vidal de Battini describió en 1964 al menos cinco variedades del español en el país. Posteriormente, Fontanella explicó que en Argentina se usan siete variedades: el español bonaerense, el litoraleño, el central, el del NOA, el del NEA, el cuyano y el patagónico. Y además del español, hoy conviven distintas lenguas indígenas: 13 con hablantes activos y 10 en proceso de recuperación. Cada una tiene su propia estructura, su historia y su comunidad de hablantes.

Entonces, ¿por qué algunas lenguas son llamadas dialectos y otras no? La respuesta no es lingüística, sino política. Un idioma adquiere estatus de lengua no por su estructura ni por su número de hablantes, sino porque un Estado lo defiende, lo enseña en las escuelas y lo usa en sus documentos oficiales y las Academias lo respaldan. Otras lenguas, aunque sean igual de ricas y complejas, quedan fuera de esa legitimación y reciben la etiqueta de dialectos, con todas las implicancias simbólicas que eso conlleva. Por eso, Max Weinreich dijo: “Una lengua es un dialecto con un ejército y una armada detrás”.

Esta misma lógica opera dentro de una lengua. Algunas variedades dialectales, como el uso del vos, fueron progresivamente aceptadas (aunque no sin dar batallas), mientras que ciertas formas sociolectales, como haiga o estuvistes, siguen siendo estigmatizadas. ¿Por qué ocurre esto? La diferencia se encuentra en la asociación entre usos y valoraciones sociales de los hablantes. Mientras que algunas variedades dialectales (geográficas) ganaron legitimidad con el tiempo, las formas asociadas a determinados grupos sociales o variedades sociolectales continúan cargando con prejuicios que las presentan como errores o desviaciones de la norma.

Esto sucede porque ciertas maneras de hablar son percibidas como “naturales” en determinados sectores, cuando en realidad se trata de construcciones sociales. La idea de que algunas formas son más legítimas que otras no surge de la

lengua en sí misma, sino de evaluaciones sobre quiénes las utilizan. Así, se refuerzan las divisiones sociales y la exclusión, manteniendo la idea de que solo algunas maneras de hablar son correctas y dignas de prestigio.

Abordar el lenguaje implica al menos tres dimensiones: las formas lingüísticas (la gramática y el vocabulario), la manera en que los hablantes las usan para comunicarse (el aspecto de la interacción) y las valoraciones que generan sobre esas formas y sobre las prácticas comunicativas específicas. Ninguna de estas dimensiones funciona de manera aislada, sino que se retroalimentan constantemente. Las normas gramaticales no existen al margen del uso real de la lengua, y ese uso, a su vez, está atravesado por las ideas que los hablantes tienen sobre lo que es prestigioso, da pertenencia o representa autoridad.

La decisión de llamar lengua o dialecto está profundamente influenciada por factores políticos, sociales, económicos e históricos. Las variedades que se consideran prestigiosas suelen estar respaldadas por estructuras de poder que las elevan al rango de lengua estándar. Esta distinción no refleja una diferencia intrínseca, sino que pone de manifiesto las dinámicas de poder.

Lenguas indígenas y dominación lingüística

-Che, ¿un mate?

-Sí, dale.

Esta pregunta podría escucharse en algunas conversaciones cotidianas en la Argentina o en Uruguay. De hecho, es una construcción típica del español rioplatense, en la que “che” funciona como un llamado de atención o apelación. Lo interesante es que esa palabra no viene del español, sino del guaraní. Está tan incorporada al habla cotidiana que nadie se detiene a pensar en su origen y en el impacto que tiene en nuestros usos actuales.

Sin embargo, la historia de las lenguas indígenas no es uniforme. Algunas dejaron su huella en el español que hablamos hoy, otras fueron silenciadas, muchas siguen vivas y en proceso de vitalización. Algunas cuentan con tradición escrita, otras se transmiten de manera oral. Así, la diversidad lingüística en la Argentina es mucho más amplia de lo que solemos imaginar.

Antes de la invasión de Colón a América, en el territorio que hoy llamamos Argentina se hablaban decenas de lenguas indígenas. Actualmente, se reconocen más de 58 pueblos indígenas y 40 idiomas, de los cuales 13 tienen hablantes activos, 10 están en proceso de revitalización, 8 registran hablantes o entendedores de la lengua y 9 no registran hablantes en la actualidad.

A pesar de esta diversidad, el relato oficial construyó la idea de un país monolingüe. La educación y las políticas lingüísticas impusieron el español como única lengua legítima, mientras que las lenguas indígenas fueron marginadas o consideradas un obstáculo para la unidad nacional.

A finales del siglo XIX, la educación se convirtió en una herramienta clave para la homogeneización lingüística. La creación del Colegio Nacional de Buenos Aires en 1863, bajo la dirección de Bartolomé Mitre, marcó el camino para imponer la norma porteña en todo el país. Luego, con la llegada masiva de inmigrantes europeos, el Estado silenció las lenguas originarias.

La escuela no solo enseñó español, sino que lo impuso. En muchas comunidades indígenas, los niños fueron castigados por hablar su lengua materna o se usó su lengua materna para aprender otra con mayor prestigio. Aprender español no era una opción, sino una obligación para poder acceder a derechos básicos como la educación y el trabajo. Incluso, se fomentaron prejuicios, mitos y actitudes que generan un auto-odi (el odio hacia sí mismo) y que producen una adhesión a la ideología en la cual se acepta que la lengua dominada es inferior y carece de importancia. Así, durante muchos años se sostuvo en el sistema escolar que los estudiantes indígenas no aprendían bien porque eran bilingües y la lengua propia era dañina porque perjudicaba los procesos de aprendizaje. Sin embargo, esta percepción no se aplica a otras lenguas, por ejemplo, a las lenguas europeas, aspecto que pone en evidencia la dominación lingüística.

En Argentina, no fue hasta 2006 que la Ley de Educación Nacional reconoció la importancia de las lenguas indígenas y estableció la Educación Intercultural Bilingüe (EIB). Sin embargo, en 2017 se dismanteló la Dirección de Gestión Educativa del Ministerio de Educación, dejando la responsabilidad en las provincias, muchas de las cuales no cuentan con los recursos para sostener estas políticas.

En 2010, la provincia de Chaco dio un paso importante al declarar oficiales las lenguas Qom, Moqoit y Wichí. Pero ¿es suficiente un reconocimiento legal si no hay políticas con-

cretas para garantizar el derecho a hablar y aprender en estas lenguas?

Las lenguas indígenas no son solo un legado del pasado, sino una parte viva de la identidad de muchas comunidades en Argentina. Sin embargo, su reconocimiento sigue siendo una deuda pendiente.

El lenguaje no es una herramienta

Pensar en el lenguaje como una herramienta es una de las ideas más extendidas y, a la vez, una de las más simplificadoras. Esta concepción lo reduce a un instrumento funcional para comunicarnos, como si su única misión fuera transmitir información. Sin embargo, el lenguaje es mucho más que eso.

Desde la creación de la lingüística como ciencia, sabemos que la lengua es el principio a partir del cual clasificamos y comprendemos el mundo. No hay “cosas” esperando ser nombradas. La diferenciación entre un árbol y una planta, entre un río y un arroyo, o incluso entre lo bello y lo feo, no

es algo que exista de manera objetiva antes del lenguaje. La lengua actúa como un principio y aporta las categorías que organizan nuestro pensamiento y nuestra percepción. Sin lenguaje, no hay pensamiento. Esto tiene consecuencias profundas, porque implica que cada comunidad lingüística, al utilizar su idioma, también está construyendo su forma de ver y habitar el mundo.

Además, el lenguaje no es neutral. Está atravesado por relaciones de poder. Pensemos, por ejemplo, en la escuela, donde se enseña una variedad considerada la “correcta” del idioma, generalmente asociada con las élites culturales. Esta norma estándar no es simplemente una herramienta práctica para garantizar la comunicación. Es un modelo social que privilegia ciertas formas de hablar mientras deslegitima otras. Así, se refuerzan jerarquías, en la medida en que quienes no se ajustan a la norma son considerados “ignorantes” o “vulgares”, mientras que las élites culturales refuerzan su autoridad.

Sin embargo, las variedades lingüísticas que aprendemos en casa, en el barrio o entre amigos no son menos válidas que la variedad de la escuela. Cada uso lleva consigo una historia, una identidad y una forma particular de comprender el mundo. La descalificación de una variedad lingüística es, en el fondo, la descalificación de las comunidades que la sostienen.

En este proceso, las personas asignan valoraciones a sus propias formas de hablar y a las de los demás, y actúan en base a ellas. Estas ideas construyen diferencias lingüísticas que se proyectan en diferencias sociales. No obstante, es importante enfatizar que hablar de una manera no implica ser de una manera específica. Los estereotipos que se construyen en torno a ciertos usos lingüísticos, como asociarlos con la ignorancia, la rusticidad o la sofisticación, no tienen fundamento en las características reales de quienes las emplean. Estas percepciones no son más que construcciones sociales que proyectan diferencias lingüísticas como si fueran diferencias de valor o capacidad personal.

Pero el lenguaje no solo es un terreno de conflicto; también es un espacio de resistencia. Hablar con nuestra propia voz, incluso frente al prejuicio, es un acto político. Cuando alguien defiende su forma de hablar, está reclamando su lugar en el mundo y afirmando su identidad. En este sentido, el lenguaje es performativo, dado que no solo clasifica el mundo, sino que interviene en la realidad y la transforma.

En una sociedad atravesada por desigualdades, no todas las personas tienen el mismo acceso a las situaciones comunicativas ni las mismas posibilidades de tomar la palabra. La capacidad de ser reconocido como un interlocutor válido está mediada por estructuras de poder que regulan quién puede hablar, cómo y en qué contextos. Por eso, el aula -y cualquier espacio donde el lenguaje se enseña y se usa- es también un campo de disputa ideológica.

Reducir el lenguaje a una herramienta es invisibilizar estas dinámicas. Es ignorar que detrás de cada palabra hay historias, identidades y tensiones sociales. Hablar, al fin y al cabo, no es solo un acto de comunicación. Es un acto de existencia, de resistencia y de construcción del mundo. Por eso, el lenguaje no es un simple medio, como dijo Julio Cortázar: “El español es mi lengua de escritor y, hoy más que nunca, creo que la defensa del español como lengua forma parte de una larga lucha en América Latina que abarca muchos otros temas y muchas otras razones de lucha”.

¿El lenguaje es particular o social?

El lenguaje está en todas partes, en lo que decimos, en lo que callamos, en las palabras que elegimos y en las que dejamos de lado. Pero, ¿es algo que nos pertenece solo a cada uno de nosotros o es colectivo? La respuesta no es sencilla, porque el lenguaje no es ni puramente particular ni exclusivamente social. Es, en cambio, el espacio donde ambas dimensiones se encuentran y se transforman mutuamente.

A diferencia de lo que suele pensarse, el lenguaje no es una herramienta que usamos como si fuera un objeto neutral o externo. Es una práctica social, es decir, un campo de lucha en el cual se negocian los significados y las representacio-

nes del mundo. También es un artefacto político cargado de las huellas de las sociedades que lo producen y lo transforman. Cuando hablamos, no solo comunicamos, también intervenimos, elegimos y, algunas veces -sin darnos cuenta- tomamos posición.

Es cierto que en cada situación específica contamos con un repertorio de posibilidades sociohistóricamente elaboradas y disponibles. Sin embargo, entre esas opciones elegimos las que consideramos más adecuadas para concretar nuestra intervención y alcanzar nuestros objetivos, aunque estas intenciones no siempre sean claras. Esto nos convierte en sujetos agentes, responsables de nuestras decisiones discursivas.

Si bien el hablante tiene un margen de decisión al elegir entre las opciones lingüísticas disponibles, estas opciones no siempre son valoradas de igual manera. Las posiciones sociales influyen en la forma en que se perciben y se valoran las elecciones lingüísticas. No todas las formas de hablar tienen la misma legitimidad, ya que el lenguaje está cargado de jerarquías sociales y luchas de poder. En este sentido, aunque cada uno tiene acceso a un repertorio de opciones, la valoración de esas elecciones depende en gran medida de las estructuras de poder que operan en la sociedad.

Por ejemplo, pensemos en la palabra “migrante”. En muchos discursos oficiales, se usa sistemáticamente el térmi-

no “inmigrante ilegal”. Esa elección no es casual, refuerza la idea de un cuerpo extraño y peligroso para el orden social. Sin embargo, en otra posición se encuentran activistas, comunicadores y hasta organismos internacionales que comenzaron a reemplazar ese término por “migrante”, una palabra que visibiliza el movimiento humano sin criminalizarlo. Cuando alguien decide usar “migrante” en lugar de “inmigrante ilegal”, no solo está eligiendo una palabra más. Está tomando una posición frente a un grupo social, desafiando un discurso dominante y proponiendo un cambio en las formas de pensar las fronteras y las personas que las cruzan.

En Argentina, la palabra “grieta” se convirtió en un concepto omnipresente para hablar de la polarización social y política. Aunque las divisiones ideológicas siempre existieron, el uso sistemático de esta palabra por parte de medios de comunicación, analistas y políticos describe un fenómeno y al mismo tiempo lo refuerza y lo transforma.

El término “grieta” no es neutro. Evoca imágenes de ruptura, de un terreno fracturado que parece imposible de reparar. Su fuerza discursiva reside en su capacidad para simplificar y dramatizar un fenómeno complejo, presentándolo como una dicotomía insalvable: nosotros contra ellos, un lado contra el otro.

En los titulares de medios de comunicación, frases como “La grieta que divide a los argentinos” o “La grieta se pro-

fundiza tras el nuevo anuncio” no solo informan sobre un hecho, sino que alimentan la percepción de que esa división es inherente y definitiva. Esto genera un efecto performativo. Al nombrar la grieta, los discursos contribuyen a que la sociedad se comporte como si esa ruptura fuera insalvable, intensificando el conflicto.

Desde la lingüística, podemos analizar cómo el vocablo “grieta” fue apropiado y resignificado por distintos actores. Mientras algunos lo emplean para criticar la polarización y llamar al diálogo, otros lo emplean para enfatizar diferencias y movilizar a sus seguidores. Por ejemplo, durante las elecciones, se escucha con frecuencia: “Hay que cerrar la grieta” o “No se puede dialogar con el otro lado de la grieta”. Cada uso posiciona al hablante en una narrativa específica, mostrando cómo el lenguaje no solo refleja la realidad, sino que la modela activamente.

En este contexto, optar por usar o no la palabra “grieta” también es una decisión política y social. Algunos prefieren sustituirla por términos como “divergencias” o “diferencias”, buscando evitar la carga emocional y divisiva de la primera. Otros, en cambio, la usan estratégicamente para reforzar su visión de la sociedad.

Como decía Bajtin, “el objeto del discurso ya se encuentra hablado”. Esto significa que, al hablar, siempre nos apoyamos en lo que otros dijeron antes. Pero eso no nos convier-

te en simples repetidores. Cada uno de nosotros, en cada situación, elige cómo usar el lenguaje.

Los estudios lingüísticos demuestran que el lenguaje no es neutro. Es un campo donde se negocian y disputan significados, donde las prácticas sociales se reflejan, pero también se transforman. Cuando elegimos usar palabras, estamos tomando partido, consciente o inconscientemente, en debates que van mucho más allá de lo que parece a simple vista.

El lenguaje, entonces, no es ni puramente individual ni exclusivamente social. Es un terreno compartido donde lo particular de cada voz se encuentra con lo colectivo de la sociedad. Y en ese cruce, se escribe una parte de nuestra historia.

¿Se puede ser neutral al usar el lenguaje?

“**T**odo lo que se puede decir es mentira”, escribió Alejandra Pizarnik en la poesía *“En esta noche, en este mundo”*, en el año 1972. Este fragmento nos invita a reflexionar sobre la relación entre lenguaje y realidad. Las palabras nunca pueden capturar por completo la complejidad de la experiencia que atravesamos. Son fragmentos, piezas dispersas de las vivencias, y aunque intentan reflejar la realidad, siempre dejan algo afuera. Esto nos lleva a preguntarnos: si el lenguaje no puede decir todo, ¿puede alguna vez ser realmente fiel a lo que percibimos o sentimos?

Lo real no existe como algo absoluto e independiente, sino que lo construimos a través de los signos, las palabras, los gestos, las imágenes. Pero estos signos nunca son perfectos. No nos muestran una versión completa del mundo, sino solo una interpretación, una representación parcial. Cada palabra que usamos es solo una manera de intentar dar sentido a lo que vivimos, y es ahí donde el lenguaje se convierte en mucho más que un simple registro de lo percibido. El lenguaje no es transparente, no es un espejo que sencillamente muestra lo que ocurre, sino que es una construcción activa de la realidad, una práctica a través de la cual interpretamos y actuamos sobre ella.

Cuando hablamos no solo estamos describiendo lo que pasa, sino también moldeando el mundo a través de nuestras palabras. Cada discurso está impregnado de las ideologías y perspectivas de quienes lo emiten. Al usar el lenguaje, comunicamos algo y, al mismo tiempo, estamos posicionándonos en el mundo, influyendo en cómo otros ven las cosas y cómo ellos mismos se posicionan.

La cita de Pizarnik resalta la limitación inherente al lenguaje. Aquello que decimos siempre será una versión incompleta de lo que sentimos o entendemos. Las palabras, aunque poderosas, no pueden abarcar todo lo que experimentamos. Sin embargo, nos permiten construir una representación del mundo. Y en ese proceso de usar el lenguaje, también estamos participando activamente en la construcción de lo real.

La poesía continúa:

*(todo lo que se puede decir es mentira)
el resto es silencio
sólo que el silencio no existe*

La autora continúa diciendo que “el resto es silencio”, sugiriendo que el silencio sería una forma de eludir esa limitación del lenguaje. Pero el silencio no existe. Si no hablamos, nos comunicamos de todas formas a través de lo que no decimos, de las interpretaciones que los demás hacen de nuestros gestos, nuestros comportamientos, o incluso de la aparente ausencia de palabras. El silencio mismo también está cargado de significados, porque lo que no se dice también forma parte de la construcción de la realidad.

Por eso, la pregunta que surge es: ¿puede el lenguaje ser neutral? La respuesta es no. Al usarlo, no solo estamos comunicando una idea, sino que estamos interviniendo en la realidad, aportando nuestra interpretación, nuestra visión. El lenguaje nunca es imparcial, siempre está cargado de significados, de intereses y de perspectivas. Al usar el lenguaje no estamos simplemente describiendo, creamos versiones de lo existente.

En este sentido, el poder del lenguaje es inmenso. Al construir y organizar las palabras, estamos estableciendo nuestra percepción del mundo, dándole forma a lo que en-

tendemos como “verdad”. Y aunque nunca podremos abarcarla por completo, nuestras palabras tienen el poder de transformar cómo vemos y entendemos el mundo. Por eso, aunque lo que decimos siempre será incompleto, también es una forma activa de intervenir en la experiencia que habitamos, de tomar parte en la construcción del sentido.

“Todo lo que se puede decir es mentira”, dice Pizarnik, y, en cierto modo, tiene razón, dado que las palabras no pueden capturar la totalidad de la experiencia. Pero al mismo tiempo, son esas mismas palabras las que usamos para crear el mundo. El lenguaje no es solo un intento de referirnos a la realidad, sino una de las formas en las que la construimos, la interpretamos y la cambiamos.

¿Valorar lo “perfecto”?

Vivimos en una sociedad que parece buscar el ideal y la perfección. Nos rodean modelos que dictan cómo debemos ser, qué debemos tener y hasta cómo debemos hablar. Pero, ¿quién decide qué es perfecto?

En la cultura japonesa, existe el concepto de wabi-sabi, que nos invita a valorar lo que es sencillo, incompleto y cambiante. Es una filosofía que celebra la belleza de lo que está en constante transformación, lejos de cualquier estándar rígido. Un poema de Basho lo ilustra:

*“El sonido de la lluvia
en el campo de arroz vacío:
el paso del tiempo.”*

En la lengua pasa algo parecido. Durante siglos, hubo personas que soñaron con inventar una lengua ideal, una lengua que fuera clara, ordenada y perfecta. El filósofo y escritor italiano Umberto Eco señala que, con la aparición de las lenguas vulgares en Europa, resurgió el mito bíblico de Babel, que interpretaba la diversidad lingüística como una “herida de la confusión” (ferita della confusio), algo que debía ser reparado mediante la creación de una lengua única.

Durante la Edad Media y el Renacimiento, este anhelo se manifestó en el privilegio de lenguas consideradas perdidas, como el hebreo adámico, o en perfeccionar los llamados “vulgares”. En este contexto, Dante, en su *De vulgari eloquentia* reivindica por primera vez el valor de las lenguas vulgares frente al latín. Sin embargo, a partir del siglo XVII, el foco se trasladó hacia la creación de lenguas artificiales, concebidas como ideales y libres de las imperfecciones atribuidas a las lenguas naturales.

A lo largo de la historia heredamos la idea de que existe una forma “correcta” de hablar o de escribir, como si hubiera un modelo perfecto al que todos deberíamos aspirar. Este ideal, que muchas veces se presenta como neutral o universal, no es más que el reflejo de un modelo social particular, es decir, el de las clases que detentan el poder.

Las lenguas no son ni perfectas ni imperfectas. No existe una lengua ideal, abstracta y neutral. Las lenguas son como las usamos, esto es, vivas, diversas, llenas de historia. Sin embargo, todavía seguimos creyendo que hay una forma “correcta” de hablar, y que todo lo que no se ajuste a esa forma está mal. La norma estándar, la lengua que aprendemos en la escuela y que usamos en lo formal, muchas veces se presenta como el único modelo válido. Pero ¿quién decidió que esa era la forma “correcta”?

Cuando en la escuela nos enseñan a hablar o escribir “bien”, muchas veces lo que realmente nos enseñan es a usar una lengua que se parece más a la de las clases que tienen más educación o poder. Esto no solo afecta cómo hablamos, sino también cómo nos sentimos respecto a nuestra lengua y, en definitiva, a nosotros mismos. También a considerar que las otras formas de hablar, las que usamos en casa, con amigos o en la calle, se vean como “incorrectas” o “inferiores”. Pero eso no tiene fundamentos sólidos, todas las formas de hablar son igual de válidas.

Así, mientras algunos imponen una jerarquía lingüística, como si existiera un español perfecto vigilado por guardianes puristas, en realidad sería el momento de dejar de buscar la perfección y la homogeneidad y empezar a valorar la riqueza y las potencialidades del lenguaje. En esa batalla contra el poder, la lengua no pertenece a quien intenta purificarla sino a los hablantes que la usan.

El pensamiento y el lenguaje no pueden separarse

“Esta es época sin arameo, sin griego, sin lenguas vernáculas, con demasiado inglés y aprendemos chino mandarín a como dé lugar.” Esta poesía de Elvira Hernández, escritora chilena, evoca el paisaje lingüístico que atraviesa nuestro tiempo. En un mundo cada vez más globalizado, nos encontramos con un fenómeno paradójico: la homogeneización cultural impuesta por los idiomas dominantes, como el inglés, al tiempo que las lenguas minoritarias y vernáculas luchan por sobrevivir.

Desde tiempos antiguos, los usos del lenguaje generaron polémicas. Las discusiones sobre cuál es la lengua correcta,

cuál es la más pura o cuál debe prevalecer son discusiones que trascienden la gramática y se adentran en la política, la identidad y el poder. Así, lo que una sociedad considera “correcto” no es un concepto estático, sino que varía con el tiempo y se encuentra estrechamente vinculado a las tensiones sociales y culturales del momento.

A lo largo de la historia, el lenguaje fue objeto de censura. En dictaduras o en regímenes totalitarios, se impuso la censura lingüística como una estrategia para controlar el pensamiento. En el contexto de la dictadura franquista en España, el catalán, el gallego y el euskera fueron relegados a un segundo plano, y en muchos casos, se sancionó a quienes osaron hablarlos en público. Esta imposición no solo atacaba a las lenguas en sí mismas, sino que buscaba extinguir la identidad cultural de quienes las hablaban, mostrando así que las lenguas son mucho más que herramientas de comunicación. Son elementos constitutivos de la identidad.

El uso de la lengua es también un símbolo de pertenencia y de resistencia al poder. Las lenguas no son instrumentos comunicativos. Son, en gran medida, la construcción de una historia, una cultura y una manera de ver el mundo. Lenguas como el catalán, el gallego y el vasco fueron preservadas y defendidas con fervor, no solo como medios de expresión, sino como símbolos de resistencia ante las imposiciones de lenguas dominantes. Estas lenguas reafirmaron su lugar como símbolo nacional al incorporarse en

la administración, en las escuelas y en los medios de comunicación.

En Paraguay, el bilingüismo y la multiculturalidad fueron reconocidos oficialmente en 1992, cuando la nueva Constitución declaró al guaraní y al español como lenguas oficiales. Aunque el guaraní es un símbolo de identidad nacional y cuenta con reconocimiento oficial, sigue enfrentando estereotipos y ocupando una posición conflictiva. A pesar de avances institucionales, como la promoción de la educación bilingüe, el conflicto en torno a los usos y las representaciones de ambas lenguas persiste.

Así, el lenguaje se convierte en una herramienta poderosa para expresar la visión del mundo de un pueblo. No es casualidad que las lenguas minoritarias, en peligro de extinción, sean también los vehículos de las formas de vida y cosmovisiones que resisten la uniformización global. La lengua se constituye en un espacio de disputas y poder, a través de la cual los hablantes interpretan, entienden y se relacionan con la experiencia que los rodea. Esta es la razón por la cual, en muchas culturas, hablar una lengua es una cuestión de sobrevivencia, de mantener viva una forma única de ver el mundo.

Para el pueblo yámana, los distintos estados del hielo no eran meras variaciones físicas, sino experiencias vitales que demandaban palabras específicas, por ejemplo, pálena (hielo resbaladizo sobre el que se deslizan las canoas),

sáma (hielo que cruje al romperse), blákena (hielo transparente como vidrio). Esta distinción surgía de una relación íntima con el territorio. Cada término contenía saberes de navegación, alertas de peligro y memoria ecológica. Donde el español presenta una única palabra “hielo”, los yámanas muestran un paisaje lleno de significados.

La reducción de estos usos a un único concepto no es un accidente lingüístico, sino un acto político. Las lenguas dominantes, al imponer sus categorías, ejecutan formas de conocer. Así, la imposición de un proyecto colonial sistemático presenta una única forma válida de nombrar el mundo. Donde los yámanas veían y registraban información (hielo peligroso, hielo navegable), los españoles impusieron una sola palabra intentando buscar homogenizar para lograr controlar y, de este modo, borrar los conocimientos ancestrales.

Además, el lenguaje no solo refleja el pensamiento, sino que también transmite ideologías. Desde la política hasta la cultura popular, el lenguaje es utilizado para reforzar el poder y para desafiarlo. Las ideologías están presentes en el habla cotidiana a través de los términos que elegimos, las frases que usamos y los significados que atribuimos a ciertas palabras.

Finalmente, no podemos dejar de enfatizar que pensamiento y lenguaje son dos aspectos de un mismo fenómeno. La lengua no es únicamente un medio para expresar

lo que pensamos, también es el punto de partida desde el cual se configuran nuestras ideas. No se trata solo de lo que decimos, sino de lo que podemos llegar a pensar y comprender. Por eso, defender la lengua implica también defender la pluralidad de pensamientos y la libertad para expresarnos.

Ni error ni capricho: cuando el pueblo pone la letra

Si en algún acto escolar cantaste con orgullo “feguaso-
ma”, probablemente cantaste la Marcha de San Loren-
zo, un símbolo histórico y cultural de nuestra identidad na-
cional. En realidad, la letra dice: “Febo asoma; ya sus rayos
iluminan el histórico convento”. Pero la palabra Febo -nom-
bre mitológico del dios Sol- no forma parte del vocabulario
cotidiano. Así, en el canto colectivo y apurado, “Febo aso-
ma” se convierte en “fegasoma”. Lo que ocurre ahí no es
un error, sino una forma activa de construir sentido con lo
que nos resulta familiar.

Cuando escuchamos algo que no entendemos bien -una canción, una consigna, una palabra ajena-, nuestro oído y nuestra mente intentan adaptarlo a lo conocido. Ponemos en juego lo que sí comprendemos para completar lo que no. Y esto es una forma de apropiación de la lengua. Entendemos la experiencia desde lo familiar, desde los recursos que tenemos. Ese fenómeno, conocido popularmente como pomporruta, revela que la lengua no pertenece únicamente a quienes pretenden fijarla o regularla, sino que es una creación colectiva de sus hablantes.

La palabra pomporruta nace en un contexto de fuerte carga ideológica. Durante el franquismo, los escolares españoles eran obligados a cantar el himno falangista Montañas nevadas, que incluía el verso “voy por rutas imperiales”. Como muchos no comprendían esa frase, acababan cantando “pomporrutas imperiales”. La anécdota no es inocente. El régimen de Franco apelaba simbólicamente al siglo XV para construir una España “tradicional” que avanzara “por el Imperio hacia Dios”, siempre “por rutas imperiales”. La primera frase debía ser pronunciada solemnemente luego del himno, seguida por un “¡Viva Franco!”, al que el resto respondía “¡Arriba España!”. La escuela, como espacio de disciplinamiento y transmisión ideológica, jugó un rol clave en la imposición de estas fórmulas. Y, sin embargo, incluso ahí, los hablantes se las ingeniaban para intervenir lo oficial con otras formas de decir.

El cineasta Fernando Colomo tomó esta historia como inspiración para su cortometraje *Pomporrutas imperiales* (1976), donde ya se deja entrever cómo lo que parece un simple malentendido sonoro en realidad condensa tensiones culturales, históricas y políticas. Más que un fallo en la comprensión, fue una forma de apropiación lingüística y un modo de resistencia, una manera de “hacer sentido” frente a un discurso que les era ajeno.

Este fenómeno tiene su versión en inglés bajo el nombre de *Mondegreen*. La periodista Sylvia Wright relató cómo de niña, al escuchar una balada escocesa, transformaba el verso “and they’ve laid him on the green” (lo tendieron sobre el pasto) por “and Lady Mondegreen”, imaginando a una mujer inexistente como parte de la historia. Otra vez, el pensamiento busca llenar los vacíos con lo que le resulta más plausible. Esa es una operación profundamente humana y lingüística.

En Argentina, hay algunas versiones tan compartidas que se instalaron en el repertorio popular. En la canción *De música ligera*, de Soda Stereo, muchos cantamos “ella durmió al calor de las brasas”, en lugar del original “ella durmió al calor de las masas”. Algo similar ocurre con la letra *Yo no soy tu prisionero*, de Los Auténticos Decadentes, donde la frase original “Pero yo no soy tu prisionero y no tengo alma de robot” se convierte en “no tengo alma de dolor”. Lo interesante de este fenómeno radica en que no son construcciones individuales, sino que se instalaron colectivamente.

Esto da cuenta de que la lengua es siempre una experiencia social.

También sucede con las canciones en otros idiomas. Cuando no dominamos la lengua original, tendemos a reinterpretar lo que escuchamos, haciendo que suene “más o menos parecido” a palabras que sí reconocemos o imaginando un sonido similar. Para entender y apropiarnos de lo que escuchamos, buscamos patrones familiares y creamos nuevas versiones que encajan con nuestra experiencia lingüística. Así, el poder de la lengua se manifiesta también en la escucha activa y en la transformación creativa que hacemos de lo extranjero, acercándolo a nuestro mundo.

Los hablantes no son receptores pasivos de un mensaje inmutable, sino actores activos que resignifican y reconstruyen el mundo a través del lenguaje. Cada transformación, cada sonido inventado, lleva la marca de una comunidad, de una historia. Esto revela que la lengua es siempre un territorio donde se construyen significados a partir de lo que conocemos y del contexto en que vivimos.

Desde la perspectiva glotopolítica, estas transformaciones no son fallas individuales ni accidentes fonéticos. Son actos colectivos de apropiación. Estas versiones alternativas son testigo de la manera en que los pueblos toman el poder sobre el lenguaje, apropiándose de él para nombrar el mundo desde su propia experiencia y sentido. La lengua

no se limita a replicar la norma. Se usa para resistir, para adaptarse, para hacer propio lo que resulta ajeno.

Cuando cantamos “feguasoma” o “pomporrutas imperiales”, estamos viendo cómo la lengua responde, se mueve y se transforma según el lugar social desde el cual se enuncia. En esos pequeños gestos, los hablantes ejercen un poder fundamental, el de ponerle letra al mundo con sus propias palabras.

Inteligencia Artificial: ¿Impone normas lingüísticas y nos hace sumisos?

En 2013 se estrenó *Her* (Ella), una película de ciencia ficción escrita y dirigida por el estadounidense Spike Jonze. En la trama, Theodore, un hombre solitario, se enamora de un sistema operativo. No tiene cuerpo, pero tiene voz. Una voz que escucha, hace pausas, vuelve sobre lo dicho, pregunta cómo te sentís. Habla fluidamente como si entendiera y viviera la experiencia humana. Eso alcanza para que la ilusión funcione. La clave está, además de lo que dice, en cómo lo dice, en los gestos lingüísticos que construyen cercanía, empatía y sentido. Esa historia, que hace poco más de una década parecía futurista, hoy se parece bastante a

lo que nos pasa cuando chateamos con una IA. Aunque sepamos que no es una persona, la conversación fluye.

Ocho años después, *Ich bin dein Mensch* (El hombre perfecto), una producción alemana dirigida por Maria Schrader, retoma la misma inquietud desde otra perspectiva. Alma, una científica que trabaja en el museo de Pérgamo, en Berlín, acepta participar en un experimento inusual, basado en convivir durante tres semanas con un robot humanoide diseñado para convertirse en su pareja ideal. La máquina, llamada Tom, fue programada para ajustarse a su personalidad y hacerla feliz al comportarse como quien la comprende profundamente.

En ambas películas hay una pregunta central que sigue vigente: ¿por qué sentimos que estamos frente a alguien, si sabemos que no hay nadie ahí? Cuando chateamos con una inteligencia artificial, sucede que, por momentos, sentimos que estamos hablando con una persona. Nos contesta con lógica, hace pausas, retoma temas, cierra con cortesía. ¿Cómo logra esa ilusión?

La respuesta está en el lenguaje, y en particular, en el género conversacional. Es decir, ese conjunto de reglas y expectativas que organizan cualquier charla. La IA fue diseñada para formular sus enunciados con el objetivo de persuadir al destinatario y hacerle creer que la respuesta que ofrece es perfecta, incluso mejor que si una persona hubiese escrito ese mismo texto. En ese "cómo" se pone en juego

la decisión de ceder, muchas veces sin notarlo, el control sobre lo que decimos y sobre la forma en que miramos el mundo. Porque esta máquina fue entrenada para eso, con precisión, a fuerza de instrucción, mediante probabilidades y estadísticas, modales, transiciones, estructuras retóricas eficaces, saludos y despedidas. Basta con que cumpla las reglas para que la tomemos en serio.

Este fenómeno no es nuevo. Lo explicó Paul Grice a mediados del siglo XX, cuando formuló su teoría basada en los principios de cooperación conversacional. Según él, para que una conversación funcione, los hablantes deben cumplir ciertas máximas, como ser relevantes, claros, breves y veraces. La IA sigue estos mecanismos y logra que la comunicación sea efectiva.

Pero no se trata solo de cortesía o de gramática correcta. El efecto de verosimilitud y autoridad se apoya, sobre todo, en la seguridad con la que se formulan las respuestas. No hay titubeos, no hay dudas, no hay silencios. El discurso aparece pulido, lineal y compacto. En una época en la que la claridad es un valor y la precisión una exigencia, el lenguaje de la IA convence porque no vacila. Lo que dice suena bien, incluso cuando no es del todo cierto. Y eso alcanza para que el usuario lo acepte sin cuestionarlo. En muchos casos, lo que produce es una afirmación con pretensiones de verdad. Enuncia de tal manera que convence y construye un yo discursivo que se presenta como irrefutable.

Así, la persuasión no radica solo en los contenidos, sino en el formato discursivo que genera confianza. Por ejemplo, evita ambigüedades, transmite transparencia, construye frases puntuadas según la normativa, usa conectores precisos y recurre a un léxico que evita la polémica. Se impone por el estilo políticamente correcto. En tiempos de sobrecarga informativa y discursos fragmentados, esa forma de hablar con estructura y claridad adquiere un valor simbólico. Se la asocia con el saber, con la inteligencia, con la razón. Y es ahí donde se vuelve más peligrosa, cuando ya no se la percibe como una herramienta, sino como una voz con autoridad.

Entonces, ¿qué lengua habla la IA? ¿Y por qué habla así?

Cuando la inteligencia artificial nos ofrece una redacción “más clara” o una expresión “más adecuada”, no lo hace desde la neutralidad, aunque lo parezca. Está tomando decisiones que reflejan un recorte del lenguaje y, con él, una delimitación del pensamiento. Nos propone un modo de decir que, al mismo tiempo, también se convierte en un modo de ver. Así, va desplazando nuestras elecciones, suavemente, con el gesto amable de quien solo quiere “ayudar a mejorar el texto”.

Estamos ante una visión política del lenguaje, porque la lengua de la inteligencia artificial no es neutral. Tiene un tono, un léxico, una gramática. Y, sobre todo, tiene una ideología detrás. No es casual que use formas como “ha afirmado” en

lugar de “afirmó”, que sugiera reemplazar “conectate” por una forma “más neutra”, o que corrija expresiones comunes del español rioplatense por otras que suenan más castizas. Tampoco sorprende que, ante un mensaje como “lanzamos una capacitación”, proponga cambiarlo por “presentamos una propuesta” para adoptar un tono “más formal”.

La IA privilegia un modelo de lengua que respeta las normas del español estándar, tal como se enseña en manuales escolares, diccionarios y guías de estilo. Pero no cualquier estándar, suele estar más cerca del castellano peninsular que de otras variedades del español. Muchas veces sugiere ajustes para que lo que escribimos suene “más natural”, que en realidad significa más cercano a lo que ella considera como centro de legitimidad lingüística.

Esta lógica no es nueva. Es la misma que, durante siglos, corrigió el habla popular, tachó el voseo, marcó en rojo las variedades regionales, intentó borrar las lenguas indígenas y determinó cuáles eran las formas “prestigiosas” que debían imitarse. Lo novedoso es que ahora lo hace una IA. O, mejor dicho, que una IA entrena su lenguaje a partir de corpus contruidos con esas ideas de fondo.

La inteligencia artificial está entrenada para corregir, sugerir, suavizar o “mejorar” nuestros textos y, en ese proceso, reproduce una visión del mundo donde lo correcto coincide con lo normativo, y lo neutro con lo central. Donde el español legítimo sigue siendo el de unos pocos.

Al confiar ciegamente en su perfección, no solo le entregamos la forma de nuestras frases, sino que le estamos cediendo también nuestra percepción del mundo. La manera en que organizamos nuestras ideas, los términos que elegimos para nombrar lo que nos rodea, las distinciones que creemos propias. Todo eso empieza a ser moldeado por una máquina que responde a un entrenamiento. No define por sí misma, pero aplica definiciones. No opina, pero reproduce opiniones. Y ese mecanismo, silencioso y pulcro, tiene un efecto ideológico tan potente como invisible, que busca volvernos más sumisos y obedientes.

¿Podemos ser hablados por el lenguaje?

¿Cuántas veces nos arrepentimos de algo que dijimos? A veces, después de una conversación, nos damos cuenta de que nuestras palabras no fueron las más convenientes o incluso las percibimos como equivocadas. Pensamos en cómo hubiera sido mejor nuestra intervención, imaginando una versión más pulida de lo que queríamos comunicar. Nos lo comentan, alguien nos sugiere lo que “debíamos” haber dicho, y a pesar de que sabemos lo que quisimos expresar, parece que algo de nosotros quedó al margen. ¿Realmente somos tan libres para hablar? ¿Elegimos siempre las palabras que usamos? La respuesta

nos lleva a una reflexión más profunda. No solo hablamos, también somos hablados por el lenguaje.

El lenguaje no es neutral ni homogéneo. Las variedades lingüísticas que existen en una sociedad son producto de procesos históricos, sociales y culturales. Estas variedades dan cuenta de identidades sociales, regionales y barriales, de las historias individuales y colectivas que atraviesan a los hablantes. Como decía Roland Barthes, “el hombre es prisionero de su lenguaje”, o sea, las palabras que usamos nos delatan, nos sitúan, nos exponen en términos de clase, lugar de origen, género y hasta posición ideológica.

Por ejemplo, el español está atravesado por una enorme diversidad. En una misma ciudad, la forma de hablar de un barrio puede diferir significativamente de otro, y esas diferencias no son casuales. Están vinculadas a procesos históricos de migración, mestizaje y exclusión social. Tomemos el caso del lunfardo, la variedad social que surgió en Argentina con la llegada masiva de inmigrantes italianos. Este uso, que fue considerado durante mucho tiempo un “lenguaje incorrecto”, revelaba no solo las tensiones de la integración social, sino también las luchas por la identidad de quienes lo hablaban.

En el tango de Enrique Santos Discépolo, *Yira, Yira*, se recurre a esta palabra del lunfardo que significa vagar sin rumbo.

*Verás que todo es mentira
Verás que nada es amor
Que al mundo nada le importa
¡Yira, yira!*

En 1943, la dictadura militar obligó a suprimir el lenguaje lunfardo y usos considerados inmorales o negativos para la lengua o para el país. Así, impuso cambiar algunos títulos y letras para permitir su difusión radiofónica y *Yira, yira* pasó a llamarse *Camina, camina*.

Hoy, esas mismas tensiones se manifiestan en el aula. Pensemos en un estudiante que usa expresiones de su entorno barrial y cómo esas formas son vistas, muchas veces, como un “problema” por parte del sistema educativo, que históricamente trató de imponer un modelo único y homogéneo del lenguaje. Este intento de normalización invisibiliza la riqueza y el valor cultural de las variedades lingüísticas, al tiempo que refuerza desigualdades sociales y económicas.

En este sentido, las variedades lingüísticas no son solo un fenómeno lingüístico, son parte de las luchas entabladas en toda sociedad. Influyen en la vida social en aspectos tan fundamentales como la educación, la justicia y la movilidad económica. ¿Qué pasa cuando una persona, por su forma de hablar, es percibida como “menos educada” o “menos competente”? Las palabras no solo nos expresan, también pueden condenarnos o limitarnos.

Desde esta perspectiva, el lenguaje es un espacio de poder. Las formas de hablar que se consideran “correctas” no lo son porque sean intrínsecamente mejores, sino porque están asociadas al poder político, económico y cultural de quienes las imponen. Las normas lingüísticas dominantes no son naturales, por el contrario, son construcciones históricas que reflejan relaciones de dominación. Y, como tales, las variaciones lingüísticas son también una forma de resistencia, una afirmación de las identidades que las elites intentan invisibilizar.

La riqueza del lenguaje está en su diversidad. Cada palabra que usamos cuenta una historia, no solo la nuestra, sino la de nuestras comunidades, nuestras luchas y nuestras relaciones con el poder. Al hablar, somos atravesados por esas historias, y nuestras palabras, querámoslo o no, nos delatan. Como decía Barthes, “la primera palabra que decimos nos sitúa enteramente y nos muestra con toda nuestra historia”.

Hablar, entonces, no consiste en elegir palabras, es también ocupar un lugar en una sociedad donde el lenguaje se convierte en un terreno de disputa. Las palabras que usamos revelan las estructuras sociales, las luchas políticas y las tensiones culturales que nos configuran. Y, en ese sentido, tal vez nunca seamos completamente libres al hablar, pero esa tensión entre libertad y determinación no debe ser vista como una limitación, sino como una invitación a reflexionar sobre las fuerzas que moldean nuestros usos y nuestras percepciones.

¿Dónde se encuentra el significado verdadero?

Hace un tiempo, circulaba un cuento titulado Tripaliare. En él, Pedro, un niño que trabaja como lustrabotas durante el día y asiste a una escuela nocturna, descubre en clase la etimología de la palabra trabajar. Su maestra le pide que busque su significado en el diccionario y él lo lee en voz alta: “Realizar una actividad, especialmente si requiere esfuerzo físico o intelectual”. Pero al llegar a la etimología, encuentra que proviene del latín tripaliare, que significaba “torturar”. El aula queda en silencio. La revelación lingüística cambió el tono de la clase, porque lo que parecía una actividad digna y esforzada, ahora tiene un eco de sufrimiento.

El cuento es un buen punto de partida para pensar en la relación entre las palabras y sus significados. ¿Puede la etimología decirnos la “verdad” sobre una palabra? La historia sugiere que sí, que el origen de trabajar arrastra un pasado oscuro que no deberíamos ignorar. Sin embargo, el significado de las palabras no se define solo por su pasado, sino también por sus usos actuales y por las disputas que surgen en torno a ellas.

La búsqueda de una pureza en la lengua estuvo presente desde tiempos remotos. En 1611, Sebastián de Covarrubias, creador del Tesoro de la lengua castellana o española, se preguntaba cuál era la verdadera lengua de España y lamentaba que estuviera llena de mezclas. Para él, el valor de las palabras estaba en su origen, como si allí se escondieran las joyas del idioma. Siglos después, estas ideas continuaron reproduciéndose. Lugones, por ejemplo, recurría a la etimología para justificar sus ideas sobre el idioma y darle un aire de objetividad a sus argumentos.

Esta concepción de la lengua como un tesoro o algo puro llevó, en distintos momentos históricos, a jerarquizar ciertos orígenes lingüísticos sobre otros. En este sentido, la etimología se convirtió en un recurso para legitimar visiones del idioma y, en algunos casos, reforzar prejuicios. Un ejemplo claro es la tendencia a valorar más las palabras con origen latino que aquellas con raíces árabes, indígenas o germánicas en el español. Durante siglos, en los diccionarios y en la enseñanza, se resaltó la “nobleza” del latín,

mientras que los préstamos árabes o amerindios se consideraron ajenos, secundarios o menos prestigiosos. Esto no es casualidad, responde a procesos históricos en los que las lenguas dominantes impusieron sus valores sobre otras.

Esta visión del idioma no solo influyó en la forma en que se perciben estos préstamos, sino también en su tratamiento dentro de los diccionarios y en las normas lingüísticas. En el caso del español, muchos términos fundamentales provienen del árabe (alcohol, álgebra, ojalá, aceituna), pero durante mucho tiempo su origen se mencionaba menos o incluso se omitía en algunos textos. Algo similar ocurrió con las lenguas indígenas en América, por ejemplo, palabras como mate, canoa, puma o chocolate entraron al español desde el quechua, el taíno o el náhuatl, pero históricamente se las trató como curiosidades o exotismos, en lugar de reconocerlas como parte fundamental del idioma.

Estos sesgos también se reflejaron en la defensa de usos “correctos” por sobre otros. Por ejemplo, en el siglo XIX, algunos intelectuales consideraban que los préstamos del inglés eran una amenaza para la “pureza” del español, pero no veían problema en los galicismos (términos tomados del francés), ya que se los asociaba con cultura y refinamiento.

En relación con la etimología, esto muestra que no todas las raíces se valoran por igual. En algunas ocasiones, se recurre a la etimología como argumento para defender un uso considerado prestigioso, mientras que en otras se la

ignora cuando no encaja con la visión dominante del idioma. En definitiva, la historia de las palabras no es solo una cuestión lingüística, sino también una historia de poder.

Estos debates no solo se dieron en el ámbito académico y en la producción de diccionarios, sino también en la prensa. El columnismo lingüístico, un género que aún hoy sigue vigente, fue un espacio donde la etimología se utilizó como un recurso para argumentar sobre el estado del idioma. Cada vez que salía un diccionario de la RAE, los medios discutían sus decisiones. Críticos como Antonio de Valbuena, Francisco Commelerán, Julio Casares en España o el propio Lugones en Argentina participaron de estas disputas, donde la etimología se presentaba como un fundamento para defender o atacar ciertos usos.

El problema de este enfoque es que parte de una idea esencialista de la lengua, como si las palabras conservaran intacto su significado original a lo largo del tiempo. Pero el lenguaje cambia, y muchas veces el sentido actual de una palabra tiene poco que ver con su etimología. Si siguiéramos ese criterio, deberíamos pensar que entusiasmo significa “tener un dios dentro” (entheos) o que escuela (scholé) hace referencia al “tiempo libre” o “al ocio”.

Volviendo al cuento, Pedro se sorprende al descubrir la etimología de trabajar, pero ¿esa información cambia su realidad? Su orgullo por compartir con la maestra las manos manchadas -él con betún, ella con tiza- nos dice que

el sentido de una palabra no depende solo de su origen, sino de los significados que construimos en el presente. La etimología puede ser un argumento de autoridad, pero el lenguaje es un territorio en disputa. Sus sentidos no están fijados, sino que se transforman con el uso y con los conflictos que lo atraviesan.

¿Dime cómo hablas y te diré quién eres?

El refrán “Dime cómo hablas y te diré quién eres” fue repetido en diversas culturas y contextos, transmitiendo, en un primer sentido, la idea de que la manera en que una persona se expresa revela mucho más que su contenido verbal. A través de nuestra forma de hablar, no solo comunicamos pensamientos y emociones, sino también aspectos profundos de nuestra identidad, nuestro origen, nuestra clase social e incluso nuestras creencias e ideologías. Este dicho se basa en la premisa de que el lenguaje no es neutral, sino que está cargado de significados que reflejan quiénes somos. En este sentido, cada palabra que usamos está impregnada de nuestra historia personal y colectiva, de las dinámicas sociales que nos atraviesan y de los contextos en los que vivimos.

En este sentido, el lenguaje nos sitúa en un espacio social determinado. Lo que decimos y cómo lo decimos está vinculado a nuestras experiencias y a la cultura en la que nos desarrollamos. Desde el vocabulario que empleamos hasta la pronunciación o la sintaxis, todo está moldeado por nuestra educación, por las clases sociales a las que pertenecemos, por los espacios que habitamos y por las circunstancias históricas que nos marcaron.

Sin embargo, el refrán también se refiere al lenguaje como un mecanismo de exclusión. La idea de que la forma de hablar define quién sos no solo refleja una identidad, sino que puede actuar como una herramienta para clasificar y marginar a quienes no se ajustan a las normas lingüísticas dominantes. En este contexto, “hablar bien” se asocia con la educación, la cultura y el estatus social, mientras que ciertas formas de hablar, especialmente las de clases bajas o de regiones marginadas, son vistas como “incorrectas” o “menos válidas”. Esto lleva a la creación de barreras sociales y educativas, donde las personas que no siguen las normas lingüísticas son etiquetadas y excluidas.

Pero, ¿por qué se asocian algunas maneras de hablar con determinados grupos sociales? Esto ocurre porque, a lo largo de la historia, ciertas prácticas lingüísticas se vincularon con ciertos sectores, como las clases altas o bajas. No es que haya una forma lingüística más “correcta” que otra por naturaleza, sino que, en la sociedad, se creó la idea de que algunas formas de hablar son mejores que otras. Así, los

usos del lenguaje de algunos grupos fueron vistos como menos educados o ignorantes, aunque no haya una razón lingüística real para establecer esta diferencia. La discriminación lingüística no surge de una diferencia natural en la manera de hablar, sino de una construcción social, histórica y de luchas de poder.

El empleo de la norma estándar -el modelo considerado "correcto" - lleva aparejada la idea de prestigio. Esta asociación obedece a que sus usos se vinculan a ámbitos formales, sobre todo a la lengua escrita, propios de las clases más instruidas. De ahí que se le atribuyan cualidades estéticas como la pureza y la claridad, condiciones que en realidad poco tienen que ver con aspectos intrínsecamente lingüísticos. En muchos grupos sociales, estos usos ideales de la lengua son considerados el "modelo correcto" y, por lo tanto, el único válido, mientras que las variaciones lingüísticas asociadas a clases populares o regiones periféricas son descalificadas. Este fenómeno no responde a características objetivas del lenguaje, sino a una construcción social que vincula el dominio de estos usos con el acceso a la educación, el poder y el estatus social.

Esto se convierte en un mecanismo de exclusión. Las personas que usan determinadas formas de hablar, como por ejemplo decir "el Juan" en lugar de "Juan", pueden ser percibidas como menos educadas o de menor valor social. Sin embargo, no es que estas personas sean inherentemente "menos cultas", sino que se construyó un vínculo entre su

habla y su posición social. Esta asociación refuerza prejuicios y genera barreras que pueden impedir su acceso o su permanencia en espacios sociales, como la escuela, el trabajo y otros ámbitos de la vida social.

Incluso, en los medios de comunicación, es posible observar cómo se refuerza la idea de que la forma de hablar refleja aspectos de la personalidad y el coeficiente intelectual. En una noticia titulada “Las 5 palabras que más repiten las personas menos inteligentes” se señalan los siguientes usos: básicamente, como, obvio, simplemente y genial. Este tipo de clasificaciones fortalecen los prejuicios y perpetúan la representación de que hay usos asociados a una menor capacidad intelectual. Así, se reproducen los mecanismos de exclusión lingüística.

En definitiva, el lenguaje no solo da cuenta de la historia personal y colectiva de los hablantes, sino que también juega un papel crucial en la formación de identidades y en la construcción de jerarquías sociales. Este doble sentido del refrán –como un reflejo de nuestra historia y como un mecanismo de exclusión– revela la complejidad del lenguaje y su poder para clasificar y dividir, juzgar y defender. El desafío está en reconocer que todos los usos lingüísticos tienen el mismo valor y que el lenguaje debe ser un espacio donde las diferencias no sean motivo de estigmatización, sino de enriquecimiento.

¿Cómo se aprenden las palabras?

Cuando somos niños, aprendemos palabras permanentemente, en situaciones cotidianas, a veces de manera graciosa o inesperada. ¿Quién no conoce a un niño que, escuchando a los adultos, repite “estoy harto”, “no tengo tiempo” o una palabra que “no debería” repetir? Este aprendizaje no se da con libros, gramáticas o diccionarios en la mano. Nadie le dice a un bebé: “Mirá, esto es un adjetivo y lo usás así”. Las palabras se aprenden escuchando, imitando y, sobre todo, compartiendo.

El escritor ruso Mijaíl Bajtín decía algo fascinante, como hablantes no vamos a buscar las palabras en el diccionario

antes de hablar. Las tomamos de la boca de otros. Lo que decimos, en realidad, está lleno de los ecos de las personas con las que convivimos, las que nos rodean y hasta las que escuchamos alguna vez, sin darnos cuenta. Según él, las palabras que usamos nunca son completamente nuestras, son parcialmente ajenas, porque lo que decimos ya fue dicho por otros.

Tomemos un ejemplo cotidiano, como las formas de saludar. En Argentina, es un uso extendido decir “buen día” al entrar a un comercio. Sin embargo, en España, lo habitual es “buenos días”. De hecho, no es raro que, ante un saludo diferente, la respuesta suene casi como una corrección: “Buenos días”, dicho con firmeza, puede funcionar como un recordatorio de cuál es la forma esperada localmente. Ese pequeño intercambio muestra cómo las palabras que usamos no solo están marcadas por nuestra lengua, sino también por el lugar donde las decimos, las expectativas sociales e incluso las jerarquías implícitas en el lenguaje.

Pero hay un lugar donde, por mucho tiempo, se nos enseñó a mirar el diccionario como la única autoridad en el aprendizaje de palabras, ese espacio es la escuela. Durante años, el diccionario fue el árbitro que decía cuáles palabras “valían” y cuáles no. Si no estaba en el diccionario, no era válida. Así, muchas palabras que la gente usaba en su vida cotidiana quedaban afuera del aula, como si fueran incorrectas o “poco serias”.

Un caso interesante de esta autoridad del diccionario ocurre cuando los profesores, al encontrarse con palabras que no aparecían en él, optaban por proponer un equivalente “correcto”. Hace algunos años, un estudiante me preguntó si era correcto decir o escribir “infracionar”. Había buscado la palabra en el diccionario y no la había encontrado, lo que le generaba dudas. En aquel momento, le expliqué que el diccionario no siempre presenta el uso real del lenguaje en su totalidad y que, aunque “infracionar” no estuviera registrado oficialmente, su significado era claro y funcional. Sin embargo, su consulta reflejaba algo más profundo, relacionado con la autoridad que históricamente le atribuimos al diccionario para validar qué palabras “existen” y cuáles no.

Con el tiempo, “infracionar” fue incluida en los diccionarios, mostrando cómo esta autoridad no es fija ni absoluta, sino que varía. Este caso evidencia que los diccionarios no solo describen la lengua, sino algunos usos de ella, específicamente, aquellos que se consideran prestigiosos o normativos. Por eso, más que un reflejo completo de cómo hablamos, el diccionario actúa como un juez que valida ciertas palabras y usos, definiendo qué es aceptable y qué queda fuera de los márgenes de la legitimidad lingüística.

La escuela, entonces, tuvo históricamente un rol central en legitimar qué palabras son aceptables y cuáles no. Pero este criterio no es neutral, por el contrario, da cuenta de una mirada sobre qué tipo de lengua es la “correcta” y cuál

debe ser ignorada o corregida. En este punto, es donde el diccionario y la escuela se cruzan con la sociedad y la política.

Tomemos un ejemplo más amplio: ¿qué pasa con las palabras en lenguas indígenas, con regionalismos o con usos adolescentes que no están en los diccionarios tradicionales? Muchas veces son consideradas “impropias” para ser usadas en el ámbito escolar, cuando en realidad son expresiones que dan cuenta de las culturas y las historias de quienes las emplean. Con el tiempo, algunas de estas prácticas lingüísticas logran entrar en el diccionario, pero no sin lucha.

Por eso, cuando decimos algo, estamos cargando nuestras frases con la historia de cómo se usaron antes, en qué contextos, y quiénes las dijeron. Incluso algo tan simple como un saludo tiene un pasado. Las palabras vienen marcadas por la sociedad, por las ideologías, por la cultura.

Entonces, ¿cómo aprendemos las palabras? Aprendemos escuchando a otros, repitiendo, jugando con sonidos. Aprendemos porque participamos en comunidades sociodiscursivas que configuran nuestro modo de hablar y le dan sentidos.

Cada palabra que usamos no es simplemente un conjunto de letras asociadas a un sonido. Es el resultado de un intrincado entramado social, ideológico e histórico. En cada

discurso, los usos de las palabras se cargan de significados que se reelaboran, conectando nuestras voces con los discursos que nos precedieron y los lugares sociales que habitamos. Al hablar, no solo decimos palabras, también actualizamos su historia y actualizamos las relaciones de poder y cultura que las atraviesan.

La trampa de la adecuación: ¿Quién debe ajustarse a quién?

Seguramente, en algún momento de tu vida escolar escuchaste frases como “Acá hay que adecuar la forma de hablar” o “Esa no es la manera adecuada de referirse a alguien”. La idea de adecuación o apropiación lingüística parece obvia, es decir, ajustarse a la situación, al contexto, a la audiencia. Pero, si indagamos un poco más, aparecen algunas preguntas que nos permiten repensar: ¿A qué nos estamos adecuando exactamente? Y, sobre todo, ¿por qué siempre unos tienen que adecuarse a otros, y no al revés?

El concepto de adecuación lingüística o el paradigma de lo apropiado está ligado a una idea de norma. Se supone

que hay una manera correcta de hablar en cada situación, y quien no la sigue, puede ser señalado, corregido o incluso visto como menos competente. Pero, ¿quién decide cuál es esa forma correcta? En un aula, en una oficina o en cualquier ámbito formal, siempre hay alguien que fija las reglas y determina qué es aceptable y qué no. Lejos de ser una simple cuestión de contexto, la adecuación puede convertirse en una herramienta para marcar diferencias sociales y legitimar ciertas formas de hablar mientras se deslegitiman otras.

Desde hace años, la enseñanza de la gramática está atravesada por una mirada normativa que dicta qué es correcto e incorrecto, justificándose en lo adecuado o inadecuado. Esto genera, en muchos hablantes, inseguridades sobre su propio uso del lenguaje. En lugar de promover la reflexión sobre las prácticas lingüísticas reales, la enseñanza se centra en transmitir un modelo que se presenta como natural, cuando en realidad es el resultado de procesos históricos y de relaciones de poder.

Si analizamos la historia de la lengua, vemos que las normas no son estáticas ni universales. No existen por fuera de quienes las usan, sino que fueron impuestas en distintos momentos por instituciones o grupos con poder de decisión. La gramática, lejos de ser un conjunto de reglas inmutables, es un producto cultural. Y, como todo artefacto cultural, no es imparcial, al contrario, refleja las luchas y tensiones dentro de una sociedad.

Uno de los problemas del concepto de adecuación es que, en la práctica, no se aplica de manera equitativa. Se espera que ciertos grupos adapten su forma de hablar a lo que la escuela o el ámbito académico consideran apropiado, mientras que otros no necesitan modificar su manera de expresarse. Esto refuerza desigualdades. Por ello, no se trata de aprender reglas y de acatar la normativa de manera obediente y disciplinada, sino de realizar un trabajo reflexivo y crítico sobre qué formas de hablar se asocian al prestigio en determinados ámbitos y cuáles se asocian a la ignorancia o a la falta de educación y por qué esto no se considera de esta manera en otros espacios.

En la educación, el paradigma de lo adecuado o de lo apropiado sirvió para excluir palabras y estructuras lingüísticas vinculadas con algunos sectores sociales o regiones geográficas. Se da por sentado que esas formas desprestigian el habla y que, por lo tanto, no tienen que abordarse en el ámbito educativo, cuando en realidad su exclusión responde más a prejuicios que a criterios estrictamente lingüísticos. Esta postura, lejos de ser neutral, reproduce las jerarquías de los modelos puristas que históricamente desvalorizaron las variedades del español.

En algunas provincias argentinas, como San Juan, se desarrollan prácticas pedagógicas que muestran claramente esta tensión. En ciertas clases, se propone a los estudiantes practicar distintas formas de pronunciar la letra R. Una versión más “suave” para situaciones formales y otra más “mar-

cada” o “común” para contextos informales o cotidianos. El objetivo es que puedan imitar una pronunciación cercana al modelo académico. Esta enseñanza se presenta como una necesidad para permanecer en ámbitos profesionales y se propone adquirir usos para “hablar bien”. Lejos de valorar las variedades lingüísticas regionales, se entrena a los hablantes para abandonar sus propias formas y adoptar otras consideradas más adecuadas, reforzando la idea de que el prestigio lingüístico está en las instituciones educativas de Capital Federal.

¿Pero qué es el purismo lingüístico? Se trata de la idea de que existe una única manera correcta de hablar y que cualquier desviación es un error o una deformación del idioma. El purismo suele promover una lengua idealizada, que en la práctica no cuenta con hablantes reales, y rechaza cambios, variedades o formas innovadoras. Aunque a veces se presenta como una defensa de la “pureza” del idioma, en efecto lo que hace es reforzar distinciones sociales. Las formas de hablar de los grupos sociales privilegiados se elevan como modelo, mientras que las de otros se consideran deficientes o incorrectas.

El riesgo de enseñar la lengua desde esta perspectiva es que se presenta la norma como algo natural e incuestionable, desconociendo que es el resultado de una construcción social. De este modo, se perpetúa la idea de que hay una única manera correcta de hablar y se invisibiliza

la diversidad de usos que existen en las comunidades de hablantes.

La discusión no se encuentra en la existencia de reglas, sino en el modo en que se imponen y el hecho de que algunas variedades son presentadas como superiores a otras. Un enfoque que incluya la dimensión política del lenguaje permitiría entender que las normas son producto de acuerdos sociales y que los hablantes promueven cambios y variaciones.

Decirle a alguien que tiene que adecuarse es, entonces, mucho más que pedir que se tenga en cuenta el contexto, porque incluye reproducir acríticamente las luchas de poder. La clave está en abandonar el acatamiento en el uso de nuestra lengua y abrir espacios de reflexión que permitan establecer relaciones entre el lenguaje y la historia, lo político, lo económico y lo social. Una educación lingüística crítica buscará preguntarse quién define las normas consideradas prestigiosas y con qué criterios.

¿Cuál es la lengua oficial de Argentina?

Si te pidieran responder esta pregunta en un examen, probablemente dirías “español” sin dudarlo. Es una respuesta razonable, pero no del todo precisa. Aunque en Argentina el español sea la lengua predominante, la Constitución Nacional no establece explícitamente una lengua oficial. Este vacío legal dice mucho sobre nuestra historia, nuestra identidad y nuestra relación con las lenguas que se hablan en el país.

Argentina es uno de los países hispanohablantes donde el español no tiene un estatus oficial definido en su Carta Magna. Lo mismo sucede en países como Bolivia, Chile, El Salvador, México y Uruguay. En contraposición, Costa Rica,

Honduras, España, Colombia, Ecuador, Paraguay, Perú, Guatemala, sí lo mencionan en sus constituciones, aunque varían en torno a la denominación español o castellano. En Argentina, el español es, más bien, una lengua de hecho. Esta particularidad plantea interrogantes interesantes: ¿por qué no hay una lengua oficial en Argentina? ¿Qué implicancias tiene esto en términos de diversidad lingüística y cultural?

En 1813, la Asamblea del Año XIII -un hito en la formación de la Nación- redactó sus conclusiones no solo en castellano, sino también en quechua, aimara y guaraní. Este gesto refleja que el territorio argentino, desde sus orígenes, era lingüísticamente heterogéneo. Sin embargo, con el avance del siglo XIX y la consolidación del Estado, el español se impuso como lengua dominante, en un proceso que buscó homogeneizar cultural y lingüísticamente a una población diversa.

Esto no fue casualidad. En ese contexto, la ciudadanía se asociaba con los criollos hispanohablantes. Los pueblos originarios y los inmigrantes, que hablaban otras lenguas, fueron relegados tanto política como culturalmente. La lengua se convirtió en una herramienta de poder y hablar español era, implícitamente, una condición para participar plenamente en la vida del país.

¿Y por qué en la escuela se enseña español?

La educación fue uno de los principales instrumentos para imponer el español. En Argentina se sancionaron tres leyes de educación. La Ley 1.420 de Educación Común, sancionada en 1884, promovió la enseñanza obligatoria, libre y gratuita, pero no mencionó de forma explícita el idioma de instrucción. En cambio, incluyó la enseñanza del “idioma nacional”, lo que marcaba una intención de unificar lingüísticamente a una población que, en muchos casos, hablaba otras lenguas: italianos, gallegos, vascos y comunidades indígenas quechuas o mapuches, por ejemplo. Se decidió uniformar la voz de los inmigrantes y pobladores originarios y para ello se siguió el modelo de la elite madrileña.

Este silencio legal se mantuvo en la Ley Federal de Educación de 1993, en la cual tampoco se menciona el idioma de enseñanza. No fue sino hasta la sanción de la Ley de Educación Nacional, de 2006, que se nombra formalmente a la “lengua española” como lengua de la enseñanza, marcando un punto de inflexión. Sin embargo, el país aún carece de una lengua oficial definida en su Constitución.

Lo curioso de esta ausencia en la legislación es que, aunque el español sea la lengua predominante en todos los aspectos de la vida pública y privada, no hablamos español de derecho, sino, de hecho. No tenemos una lengua oficial declarada, pero somos hispanohablantes por práctica.

Esta omisión muestra cómo se instaló una visión monolingüe en la sociedad, donde se da por sentado que el espa-

ño es la única lengua válida. Sin embargo, la historia demuestra que Argentina siempre fue un país con una gran diversidad lingüística.

¿Qué relatos estamos aceptando como verdades?

“Ojalá que las hojas no te toquen el cuerpo cuando caigan...”, canta Silvio Rodríguez en la canción Ojalá. Este fragmento no solo expresa un deseo, sino que nos introduce en un concepto fundamental, relacionado con el poder del lenguaje para construir realidades. “Ojalá” es una expresión de lo que queremos y también una forma de reconocer lo que sabemos que existe como posibilidad. Y, en este deseo, como en muchos otros relatos que aceptamos, el lenguaje juega un papel clave. Esta expresión lingüística crea una configuración del mundo, un discurso sobre lo que anhelamos, sobre lo que puede o no suceder.

Desde la antigüedad, las historias no solo fueron relatos para entretener, sino herramientas para enseñar a la gente cómo vivir, cómo comportarse en la sociedad. Los mitos, como los de los dioses griegos o romanos, eran más que simples narraciones de poderes sobrenaturales, tenían una clara función disciplinadora. Estas historias no solo representaban realidades, sino que las construían, configurando las normas y los valores que regían la vida social. Los mitos ayudaban a forjar las percepciones de lo que estaba bien y lo que estaba mal, y a través de su lenguaje, se internalizaban visiones de la experiencia que no eran naturales, sino socialmente construidas. El mito de Júpiter, el dios del cielo, es un claro ejemplo.

En este mito, Júpiter se casó con su hermana, Juno, y aunque su unión era divina, las tensiones en su relación eran constantes. Júpiter cometió infidelidades y su relación con Juno estaba marcada por conflictos y traiciones. Este mito, que podría parecer simplemente una historia de dioses, tenía un mensaje claro y muy importante para las sociedades antiguas, vinculado a que las relaciones incestuosas no solo son moralmente incorrectas, sino que además tienen consecuencias negativas. La relación entre Júpiter y Juno no generaba armonía ni progreso. Por el contrario, se distinguía por el conflicto, lo que reflejaba la idea de que tales vínculos no eran aceptables ni saludables, ni siquiera para los dioses.

Esta historia, entonces, no solo era una representación de los dioses, sino una construcción moral y social. A través de este mito, las sociedades antiguas reforzaban la norma de que las relaciones familiares, en las que se cruzan los límites de la moralidad y la biología, eran destructivas y debían ser evitadas. Los mitos, además de ofrecer entretenimiento, transmitían normas sociales y valores.

Si aceptamos que los relatos nunca son inocentes y que siempre benefician a alguien, algunos de forma más directa al poder, entonces también podemos preguntarnos ¿a quiénes beneficiaban estos mitos? En el caso de la prohibición del incesto, no se trataba solo de una norma moral o una regulación de la sexualidad familiar, sino de una regla que organizaba la sociedad en su conjunto. Como señaló Claude Lévi-Strauss, al impedir las uniones dentro del grupo familiar, se forzaba el intercambio entre familias o clanes, generando alianzas políticas, económicas y sociales. Estas uniones permitían la circulación de bienes, tierras, trabajo y poder. Así, los discursos que condenaban el incesto no solo promovían un orden simbólico, sino que estructuraban formas concretas de distribución del patrimonio, de control del cuerpo -especialmente femenino- y de legitimación del poder. Beneficiaban a las élites que regulaban esas alianzas y reforzaban una lógica patriarcal que organizaba las herencias, los vínculos y los recursos según sus propios intereses.

En la actualidad, el lenguaje sigue cumpliendo la misma función. Los discursos que escuchamos desde los medios, la publicidad, la política y las redes sociales nos transmiten cómo pensar, cómo desear y cómo actuar. Los relatos que nos presentan se imponen sobre nosotros como “verdades” que deben aceptarse, y nos dicen lo que es “correcto”, lo que es “normal”, lo que debemos esperar. Al igual que en los mitos antiguos, a través de los cuales se enseñaba a distinguir entre el bien y el mal, hoy los discursos sociales nos presentan versiones de la experiencia que parecen naturales, pero son construcciones lingüísticas y semióticas que nos moldean.

Los anuncios publicitarios, por ejemplo, no solo nos venden productos, sino un estilo de vida. Nos dicen que la felicidad se alcanza con un cuerpo perfecto, con relaciones ideales, con éxito profesional. Pero esa “verdad” no es objetiva, es una narrativa que se nos exhibe como la única forma de vivir bien. Y, al igual que los mitos clásicos, estos discursos también nos enseñan lo que debemos desear y cómo debemos comportarnos, bajo una construcción que impone una determinada visión del mundo.

Un ejemplo actual de estos relatos que se presentan como verdades indiscutibles es la idea de que “con inglés se consigue trabajo”. Esta frase, repetida en campañas políticas (como Buenos Aires Ciudad Bilingüe), propuestas educativas y publicidades, parece una simple recomendación, pero encierra una construcción ideológica poderosa. Se

desplaza el foco de los problemas estructurales del empleo hacia la responsabilidad individual y naturaliza un modelo de desarrollo basado en la lógica del mercado global. En lugar de cuestionar las condiciones de precariedad laboral o la concentración de oportunidades, el relato sugiere que todo depende del esfuerzo personal. Así, se vuelve funcional a un orden económico que reproduce desigualdades y beneficia a sectores específicos, como academias privadas, certificadoras internacionales, empresas transnacionales.

Pero ¿por qué el inglés y no otra lengua? La centralidad del inglés no es una elección inocente, se vincula con un proceso histórico de dominación colonial, expansión económica y consolidación cultural de potencias angloparlantes. Su lugar como lengua global está sostenido por instituciones, medios, tecnologías y políticas educativas que lo presentan como sinónimo de éxito, prestigio y modernidad. Las campañas que promueven el inglés como camino directo al trabajo o al progreso no hacen más que reforzar esa jerarquía lingüística, donde unas lenguas valen más que otras y donde ciertos modos de habitar el mundo son legitimados por encima de otros. Así, se invisibiliza la diversidad lingüística y se consolida un orden simbólico que también es económico, político y cultural.

Tanto los mitos antiguos como los discursos actuales tienen una función común basada en crear realidades a través del lenguaje y organizar, disciplinar y justificar el mundo. Nos presentan construcciones sobre lo que es posible, lo

que es deseable, lo que es “normal”. Y aunque creemos que estamos simplemente describiendo el mundo, el lenguaje nos está diciendo cómo debemos verlo y cómo debemos vivir en él. Lo que aceptamos como “verdad” no es más que una construcción social que se nos impone a través de los usos de las palabras.

“Ojalá” nos detuviéramos a cuestionar esos relatos, a preguntarnos ¿qué relatos estamos aceptando como verdades? ¿qué realidades nos están siendo impuestas a través del lenguaje?

De usos ¿incorrectos? ¿Quién dice qué es correcto?

"Solo les pido que me dejen vivir mi propia vida. Yo nunca quise ser un ejemplo." Con estas palabras, Diego Maradona marcó un límite frente a las expectativas sociales y mediáticas que lo colocaban como un modelo a seguir. Él cuestionaba la presión de encarnar un ideal, reivindicando su derecho a ser simplemente quien era. Pero esta frase también ilustra cómo el lenguaje puede encerrar, imponer y definir roles que no siempre elegimos. Al hablar, no solo nos expresamos, también nos situamos en un espacio que distribuye poder, posiciona identidades y marca distancias.

La lengua y el lenguaje están atravesados por relaciones de poder que deciden qué es correcto y qué no, qué es prestigioso y qué merece ser corregido. Pensemos en algo tan cotidiano como la palabra “correcto”. ¿Correcto para quién? ¿Quién tiene la autoridad para decirlo? Y, ¿quién podría ser ejemplo en el uso de la lengua?

Cuando alguien nos señala un “error” al hablar, lo que en realidad está haciendo es ejercer una forma de poder simbólico. Nos recuerda, tal vez sin proponérselo, que existen normas que moldean no solo el lenguaje, sino también nuestras oportunidades de ser escuchados, valorados o incluso respetados. Estas normas reflejan las jerarquías sociales, económicas y políticas de una comunidad.

La norma lingüística, lejos de ser un hecho natural, es una construcción social que se fundamenta en los usos de un grupo minoritario considerado culto. Ese grupo, históricamente vinculado al acceso privilegiado a la educación y al poder, logra imponer sus formas de hablar como las legítimas, desprestigiando otras variedades que también son parte de la lengua. Así, lo que entendemos por “correcto” o “ejemplar” no es más que la proyección de los valores y prácticas de una élite que establece las reglas del juego. Esta construcción jerarquiza los modos de hablar y también traza límites simbólicos, por lo tanto, quienes no se ajustan a la norma quedan fuera del prestigio y, muchas veces, de las oportunidades sociales asociadas a este. En

otras palabras, la lengua puede reproducir desigualdades bajo la apariencia de neutralidad.

La norma lingüística no surge del uso cotidiano de la mayoría de los hablantes, sino que se construye a partir de usos considerados cultos, por ejemplo, en la valoración de lo literario. Las formas de hablar que se acercan al lenguaje de la literatura, ese que durante siglos fue patrimonio de las élites intelectuales, se convirtieron en el modelo de corrección. En este proceso, las expresiones populares o regionales quedaron relegadas, vistas como “incorrectas” o “vulgares”. Un ejemplo claro de esto es el uso del “vos”, que durante muchos años fue objeto de rechazo en el ámbito educativo y social, e incluso se intentó erradicarlo en las escuelas, ya que se consideraba una forma “incorrecta”. Sin embargo, el uso de los hablantes se impuso y el “vos” se constituyó en identidad del habla rioplatense. Lo curioso es que la lengua literaria no siempre refleja el habla real de una comunidad, sino un ideal estético y normativo que refuerza distinciones sociales. Por eso, cuando se nos exige “hablar bien”, muchas veces lo que se está pidiendo es adoptar una forma de expresión que históricamente pertenece a un grupo reducido, con acceso a la educación formal y a la producción cultural.

En este escenario, instituciones como la Real Academia Española (RAE) asumieron el rol de guardianas de la norma. Desde su primer lema, “Limpia, fija y da esplendor”, la RAE se presentó como autoridad indiscutible en materia lin-

güística, pero su visión responde a una tradición cultural que refuerza ciertos usos en detrimento de otros. A esto se suma el poder de los medios de comunicación, que también actúan como reproductores y legitimadores de esta norma. Las voces que dominan los programas de noticias, las series televisivas o la radio suelen ajustarse a un registro asociado con la corrección normativa, reforzando la idea de que ese es el modelo válido. Así, tanto las academias como los medios no solo prescriben cómo debemos hablar, sino que también contribuyen a consolidar una idea de prestigio que margina otras formas de expresión igualmente legítimas.

La escuela, históricamente, fue un espacio clave en la reproducción de la norma lingüística. Desde los primeros años, se enseñó a los estudiantes a valorar ciertos usos del lenguaje por encima de otros, reproduciendo la representación de que existe una única manera “correcta” de hablar y escribir. En este proceso, muchas veces se deslegitimaron las variedades lingüísticas regionales, populares o familiares, asociándolas con la falta de educación o con lo “vulgar”. Esta práctica perpetuó prejuicios lingüísticos, al mismo tiempo que contribuyó a la estigmatización de quienes no se ajustan a los estándares impuestos, consolidando desigualdades sociales a través de lo que parece ser, simplemente, una lección de gramática.

Sin embargo, en el presente, la escuela tiene una oportunidad para convertirse en un espacio de resistencia frente a

estos prejuicios lingüísticos. En lugar de ser un instrumento para reproducir exclusiones, puede asumir un rol transformador al enseñar que todas las variedades lingüísticas tienen valor, que la diversidad en el habla es una riqueza cultural y que no existe una lengua “errónea”. Reconociendo que las normas son construcciones sociales y no verdades universales, la escuela puede formar ciudadanos críticos que entiendan el poder del lenguaje. Este cambio no implica abandonar la enseñanza de la norma estándar, sino abordarla de manera reflexiva, explicando su origen y función sin imponerla como única forma legítima de expresión. En esa tensión entre norma e identidad, la escuela puede sembrar el respeto por las múltiples maneras de habitar la lengua y al mismo tiempo enseñar todos los usos.

Al final, la pregunta sobre quién puede ser un ejemplo en el uso de la lengua nos lleva de vuelta al principio. No se trata de buscar modelos únicos o ideales, sino de reconocer que la lengua pertenece a sus hablantes, en toda su diversidad. Así como Maradona reclamó su derecho a no ser un ejemplo, el lenguaje nos invita a cuestionar las imposiciones de una norma única y a valorar las múltiples formas de hablar como legítimas expresiones de identidad. Ser ejemplo, en este sentido, no debería implicar ajustarse a un ideal impuesto desde el poder, sino favorecer la construcción de una sociedad en la que todas las voces, con sus matices y particularidades, sean escuchadas y respetadas. La pregunta, entonces, no es si hablamos bien o mal, sino

a quién beneficia la idea de “hablar bien”. Porque, al final, el lenguaje no solo comunica, además clasifica, discrimina y puede ser una práctica social para transformar las relaciones de poder, permitiendo que cada forma de hablar sea reconocida, valorada y enseñada.

Buscalo en el diccionario, pero...

Cuando no sabíamos el significado de una palabra, lo primero que nos decían en la escuela era “buscalo en el diccionario”. Ya sea en papel o en línea, el diccionario parecía tener la verdad absoluta. Pero, ¿qué significa realmente consultar un diccionario?

El diccionario no es una lista neutral de palabras y definiciones, sino un instrumento lingüístico con un fuerte componente ideológico. Su elaboración y difusión responden a decisiones políticas, sociales y culturales que determinan qué palabras se incluyen, cómo se definen y qué variedades lingüísticas se consideran legítimas o normativas.

El diccionario es un dispositivo de poder, debido a que no solo refleja una visión particular de la lengua, sino que también contribuye a moldearla y legitimarla. En su construcción intervienen instituciones, académicos y otros actores que establecen jerarquías lingüísticas y refuerzan determinadas ideas sobre el lenguaje. Esto es especialmente evidente en diccionarios normativos, como los producidos por academias de la lengua, que prescriben usos considerados “correctos” y deslegitiman otros, como algunas variedades, formas regionales o innovaciones lingüísticas.

Una escena de la serie *The Americans* permite ilustrar cómo una palabra puede revelar un trasfondo ideológico. En un momento, los protagonistas -espías soviéticos que viven encubiertos en Estados Unidos- escuchan el término “compraventa” y afirman que para ellos esa palabra no existe. No se trata de una diferencia idiomática, sino de una concepción del mundo. En el modelo comunista que los personajes defienden, no hay lugar para la lógica del mercado que presupone el intercambio de bienes de propiedad privada. La idea misma de “compraventa” entra en tensión con una organización económica basada en lo colectivo. Así, una palabra que parece neutra encierra una visión particular de la realidad. El diccionario, al definirla, también toma posición y elige qué visión del mundo legitimar y cuál dejar fuera del marco de lo decible.

Incluso, es posible observar que el poder también se encuentra en la propia denominación del idioma. El *Diccio-*

nario de la lengua castellana de la Real Academia Española, conocido tradicionalmente como DRAE, se inició en 1780 y, en la actualidad, cuenta con veintitrés ediciones. El diccionario contenía en su título la denominación *lengua castellana*, hecho que se modifica a partir de la decimoquinta edición correspondiente a 1925. En ese año, la Academia resolvió modificar el título en favor de *Diccionario de la lengua española*, debido -como explican en el prólogo- a una “mayor atención consagrada a las múltiples regiones lingüísticas, aragonesa, leonesa, hispanoamericana que integran nuestra lengua literaria y culta”. Detrás de esta modificación había, sin embargo, una decisión política, dada por reforzar la idea de una única lengua española por encima de sus múltiples variedades.

Además, el diccionario puede funcionar como un instrumento de regulación social, ya que influye en la enseñanza, en la administración pública y en los discursos mediáticos, contribuyendo a definir qué se entiende por “buena lengua” y “buenos usos” en una comunidad. También refleja y reproduce concepciones sobre identidad, género, clase social y nacionalidad.

Para ilustrar estas ideas podemos observar cómo tres diccionarios clave en la historia del español definen la palabra “descubridor” de manera diferente en relación con las condiciones de producción en que fueron escritos. En uno de los diccionarios más antiguos, como el *Tesoro de la lengua castellana o española* (1611), encontramos que descubri-

dor se usa con “especialidad y por antonomasia” para hablar de quienes hallaron “nuevas tierras y provincias”. En ese mismo texto, además, se menciona a los descubridores como quienes trajeron esclavos negros a Portugal. En otras palabras, el descubrimiento no era solo una cuestión de geografía, sino también de dominio y explotación.

En el Diccionario de autoridades (1725), la definición sigue el mismo camino. El “descubrimiento de las Indias” aparece como ejemplo central, pero se agregan dos elementos: la guerra y la religión. Se menciona que descubrir tierra es una estrategia militar, como hacían los adalides en el campo de batalla. También se asocia con los exploradores de la Biblia, enviados “delante del pueblo de Dios” a reconocer territorios. Así, el acto de descubrir queda vinculado a la invasión y justificado por una misión sagrada.

Algunos siglos después, en el Diccionario integral del español de la Argentina (2008), descubridor ya no es el navegante que llega a tierras “nuevas”. Es un científico que encuentra una bacteria o una molécula. La carga colonial desaparece y el significado se amplía hacia otros ámbitos.

Este cambio no es inocente. Las palabras que usamos para contar la historia también construyen cómo la entendemos. Decir que América fue “descubierta” implica que antes no existía o que solo adquirió importancia cuando alguien la puso en el mapa europeo. Pero los pueblos originarios ya estaban allí, con sus culturas, lenguas y conocimientos. La

elección de un verbo no es solo un asunto de gramática o semántica, define qué se ve y qué se oculta.

Los diccionarios no son simples repertorios de palabras, sino instrumentos que participan en la construcción de la realidad. Cada uno responde a un contexto histórico, político y social que determina qué palabras se incluyen, cómo se definen y qué visiones del mundo se legitiman o se dejan al margen. No solo registran el significado de los términos, sino que intervienen en su circulación, influyen en la enseñanza y perpetúan los órdenes lingüísticos establecidos. Analizar sus definiciones a lo largo del tiempo permite observar cómo el poder y la ideología se estructuraron a través del lenguaje.

Entonces, la consigna “buscalo en el diccionario”, nos lleva a preguntarnos: ¿en cuál, de qué época y con qué intención fue escrito y desde qué perspectiva? ¿qué palabras quedan afuera y por qué?

Las batallas del vos

En 2022, asistí a un congreso en una universidad de España. Al terminar, cada uno se dirigió a su hotel, pero algunos compartimos parte del recorrido. Mientras subíamos una de esas típicas calles empinadas, charlábamos de temas cotidianos, sin demasiada profundidad. En un momento, me dirigí a una compañera y le pregunté: “¿Vos qué pensás?”.

Ella me miró sorprendida, se quedó en silencio unos segundos y, luego, entre risas, me dijo: “Es la primera vez que alguien me trata de vos”.

Me llamó la atención su reacción, porque para mí el vos es tan cotidiano que ni siquiera me detengo a pensarlo, pero para ella fue algo inesperado. Ese pequeño intercambio me hizo reflexionar sobre cómo nuestra forma de hablar no solo comunica lo que decimos, sino también quiénes somos y de dónde venimos. Pero además daba cuenta de los debates ideológicos que atraviesan la lengua. ¿Por qué una forma de trato tan extendida aún genera sorpresa o distancia? ¿Por qué lo cotidiano para millones de personas sigue siendo visto como “diferente”?

Esta reacción era en realidad el eco de una historia más grande, la de las jerarquías lingüísticas que intentan imponer una variedad como la legítima y relegar otras al margen, como si fueran menos válidas. Además, el lugar desde el cual hablaba daba cuenta de que el español sigue siendo un espacio de debates vigentes. El vos, por ejemplo, sigue generando disputas en torno a su enseñanza en el español como lengua extranjera.

Estudiantes que llegan a la Argentina desde países como Francia o Brasil muchas veces desconocen el uso del vos, porque aprendieron el español de la mano de docentes que priorizan exclusivamente el tú como único uso correcto. Esta elección no es casual, responde a una tradición que no solo invisibilizó el vos durante décadas, sino que también intentó erradicarlo de la norma, bajo el pretexto de que es “informal” o “imperfecto”.

De hecho, el uso del vos fue objeto de distintas batallas. Aunque tiene su origen en el pronombre plural del latín, comenzó a emplearse como una forma de tratamiento de respeto en la Edad Media. Según el lingüista Quesada Pacheco, la forma vos se utilizaba entre personas de alta condición social para dirigirse a otra de su misma posición, y los de clases bajas, para hablar con un superior o con desconocidos. Esta función puede observarse en la literatura medieval, por ejemplo, en el Cantar de Mio Cid, donde se utiliza la forma vos para referirse a distintas autoridades políticas, religiosas, militares.

Más tarde, los conquistadores españoles impusieron este pronombre en América en el siglo XVI, junto con otras formas de tratamiento como tú y vuestra merced. En ese entonces, el vos se usaba para dirigirse con respeto a personas importantes, pero en España fue perdiendo su lugar frente a vuestra merced. Con el tiempo vuestra merced se transformó en usted o ustedes para formas de cortesía y tú y vosotros (vos + otros) para el uso informal.

En algunos países de América, sin embargo, el vos se mantuvo y empezó a usarse de manera extendida, convirtiéndose en una marca distintiva del español en países como Argentina y Uruguay. Pero su camino no fue fácil, durante años, el voseo fue visto como una forma “incorrecta” o “vulgar”.

Con la llegada masiva de inmigrantes a la Argentina, la escuela se convirtió en una herramienta clave para homoge-

neizar el habla y construir una identidad nacional. En este proceso, se buscó imponer un español uniforme, alineado con las normas peninsulares, dejando de lado los usos lingüísticos locales. El voseo, por ejemplo, fue combatido activamente. No se enseñaba en las aulas y se consideraba un “vicio” que debía erradicarse. Los maestros recibían indicaciones de utilizar únicamente el tú o el usted, para modelar un uso “correcto” del idioma, según los estándares europeos.

Incluso, lingüistas como Vidal de Battini recomendaban a los docentes imponer el uso de “tú” y eliminar el “vos”, al considerarlo una de las formas más vulgares y censurables del habla de los argentinos. Sostenía que, al igual que en las naciones consideradas más cultas de Hispanoamérica y como lo hicieron nuestros antepasados hasta después de la independencia, solo la escuela podría imponer su uso mediante la formación del hábito.

Los libros de texto, gramáticas y manuales reflejaban este propósito unificador, ignorando o rechazando las variedades lingüísticas que no encajaban en la norma considerada legítima. Este esfuerzo por disciplinar el lenguaje no solo invisibilizó expresiones como el vos, sino que también reforzó la idea de que había formas “cultas” e “incorrectas” de hablar. A pesar de los esfuerzos por imponer una lengua homogénea, el voseo siguió vigente en el habla cotidiana, mostrando la resistencia de las formas de lenguaje que la institucionalidad intentó borrar.

Sin embargo, el vos resistió en la vida cotidiana. Aunque no se usaba en la escritura ni en los medios de comunicación, poco a poco ganó espacio. El uso del vos tuvo que esperar hasta 1982, cuando la Academia Argentina de Letras lo reconoció como parte de la norma culta del español en Argentina, y recién en 2005, la Real Academia Española lo aceptó como una variante legítima del idioma.

Hoy, el vos es mucho más que un pronombre, se convirtió en un símbolo de resistencia cultural. Su historia revela cómo, a lo largo del tiempo, el lenguaje fue y sigue siendo un campo de disputas ideológicas, donde las formas populares fueron subestimadas o marginadas en nombre de una “norma culta” impuesta. El reconocimiento oficial del voseo no es solo un triunfo lingüístico, sino también un desafío a las estructuras de poder que intentan imponer un español homogéneo, uniforme y de una sola clase social. En definitiva, la lengua es un espacio de lucha, de poder y de resistencia contra las imposiciones que buscan borrar la diversidad lingüística.

De emociones e identidades

No todas las emociones y sentimientos son valorados de la misma manera, así como no todas las formas de hablar son consideradas “correctas”. Probablemente, todos tengamos algún recuerdo de alguien que nos corrigió o nos indicó cómo debíamos hablar en una situación específica, como si nuestra manera de expresarnos necesitara ajustarse a una norma ajena. Lo que decimos y cómo lo decimos no solo expresa lo que pensamos, sino también quiénes somos, es decir, nuestra identidad.

Del mismo modo, las emociones no son universales ni estáticas. En distintos momentos históricos y en diferentes culturas, se valoraron y nombraron emociones de formas

distintas. Por ejemplo, en ciertas épocas se realiza la melancolía, mientras que en otras se persigue la alegría como un mandato o se elogia la constancia como una forma de vida.

Un ejemplo claro lo encontramos en la melancolía, que fue exaltada durante el Renacimiento como una fuente de creatividad y profundidad intelectual. En textos como *Anatomía de la melancolía* de Robert Burton (1621), esta emoción es analizada y celebrada como una condición inherente al genio artístico y filosófico. Por contraste, en la actualidad, una tristeza persistente puede ser vista como problemática o negativa. En algunas sociedades, incluso las emociones más cotidianas tienen diferentes connotaciones. En la novela *El corazón helado* de Almudena Grandes, se refleja cómo en la España de posguerra ciertas emociones como el odio o el rencor eran reprimidas o exaltadas dependiendo del bando al que pertenecías. Así, las emociones no solo son individuales, son definidas por el lenguaje y los valores de la época. Por eso, cada sociedad construye su propio mapa emocional, reflejado tanto en su literatura como en las palabras que decide usar y conservar.

Algunas lenguas tienen palabras para describir sentimientos que no tienen una traducción exacta en otros idiomas. Cada cultura y cada grupo social define su mundo emocional a través del lenguaje.

En japonés *aware* –especialmente en la expresión *mono no aware*– significa una mezcla agri dulce de tristeza y alegría

ante la fugacidad de la belleza. En alemán, Schadenfreude describe el placer de ver sufrir a alguien que lo merece. En portugués, palabras como borocoxo o jururu capturan esos momentos de tristeza y desánimo difíciles de precisar en otros idiomas o saudade expresa una nostalgia profunda por algo que se amó y se perdió. En la canción “Chega de Saudade”, interpretada por Caetano Veloso, se refiere a ese sentimiento o la saudade es un concepto central en la obra del poeta portugués Fernando Pessoa. En el poema “Lisbon revisited”, el yo poético de Pessoa recuerda su infancia y se da cuenta de que no podrá volver a ella, ya que el tiempo lo cambió todo. La ciudad está, pero ya no lo reconoce. Y él, aunque vuelve, ya no es el mismo.

*“Otra vez vuelvo a verte,
ciudad de mi infancia, pavorosamente perdida...
[...]
Otra vez vuelvo a verte –Lisboa y Tajo y todo–,
transeúnte inútil de ti y de mí,
extranjero aquí, como en todas partes,
tan casual en la vida como en el alma,
fantasma errando por los salones del recuerdo...”*

Pessoa condensa en estos versos la saudade como desarraigo. Así, volver no implica reencontrarse, sino confirmar la distancia. Lo amado persiste como imagen, pero ya no se habita ni se pertenece.

El francés ofrece *dépaysement*, la sensación de estar fuera de lugar, desconectado de lo familiar o “*jouissance*”, presente en el libro *Rip It Up and Start Again: Postpunk 1978-1984* de Simon Reynolds. El autor utiliza la palabra francesa para describir el placer profundo y casi indescriptible de escuchar música. Este término, comúnmente asociado con el psicoanálisis de Jacques Lacan y la teoría crítica, implica un disfrute intenso, emocional y, a menudo, trascendental que va más allá de la simple satisfacción.

Así como las emociones son valoradas de forma distinta según el tiempo y el lugar, nuestras formas de hablar -y de sentir a través del lenguaje- también construyen nuestra identidad. Nombrar una emoción o un estado es darle existencia, cuando esa expresión no existe en nuestra lengua tampoco existe la emoción. Tal vez ahí radique el poder del lenguaje. Cada lengua tiene formas de nombrar y no todos miramos el mundo desde la misma perspectiva.

En el libro de **Florencia Baez Damiano** se encontrarán estrategias para leer críticamente los metalenguajes públicos que, a través de mecanismos lingüístico-ideológicos, condicionan nuestras percepciones y naturalizan el orden social. La autora expone conceptos necesarios y los define con claridad para adentrarse en el efecto del columnismo lingüístico en la constitución del espacio público. Una excelente aportación al cada vez más necesario campo de estudio del lenguaje y la política (José del Valle, City University of New York).

El poder de decir: batallas por el sentido de Florencia Baez Damiano es el primer libro de popularización científica en los ámbitos de la glotopolítica, la sociolingüística crítica y las ideologías lingüísticas, escrito en un estilo ágil y accesible tanto para personas adultas como para adolescentes. Llega en un momento oportuno: necesitamos con urgencia libros comprensibles para un público amplio —una de las tareas más difíciles que una investigadora puede asumir, y por eso pocos se atreven— sobre lo político y lo social del lenguaje, un tema lamentablemente maltratado en la escuela. Como corresponde a los mejores libros, tanto científicos como educativos, plantea preguntas, ofrece ejemplos inesperados, problematiza, invita a pensar y evita respuestas cerradas. Se distingue por su aguda sensibilidad para analizar las (dis)continuidades entre pasado y presente, así como por una extraordinaria capacidad de observación (Lidia Becker, Universidad de Mannheim, Alemania).

Con un propósito divulgativo que busca que la labor de los y las lingüistas trascienda la torre de marfil académica y llegue a un público general —que no es en absoluto ajeno al fenómeno de la normatividad lingüística—, la Doctora Baez Damiano nos invita, a través de sus columnas sobre la lengua, a reflexionar sobre el lenguaje como un campo de disputa y negociación simbólica y de poder. Como corresponde a un enfoque glotopolítico, la autora muestra cómo el uso lingüístico está estrechamente vinculado a sus condiciones sociohistóricas de producción y recepción porque diferentes ideologías e imaginarios (geo)políticos intervienen de forma continua en su uso y en la forma en que se regula y valora socialmente (Carla Amorós Negre, Universidad de Salamanca, España).

ISBN 978-631-00-9888-3



9 786310 098883